

Prof. Rosa L. Márquez  
\* Diás Coímes, Alfredo

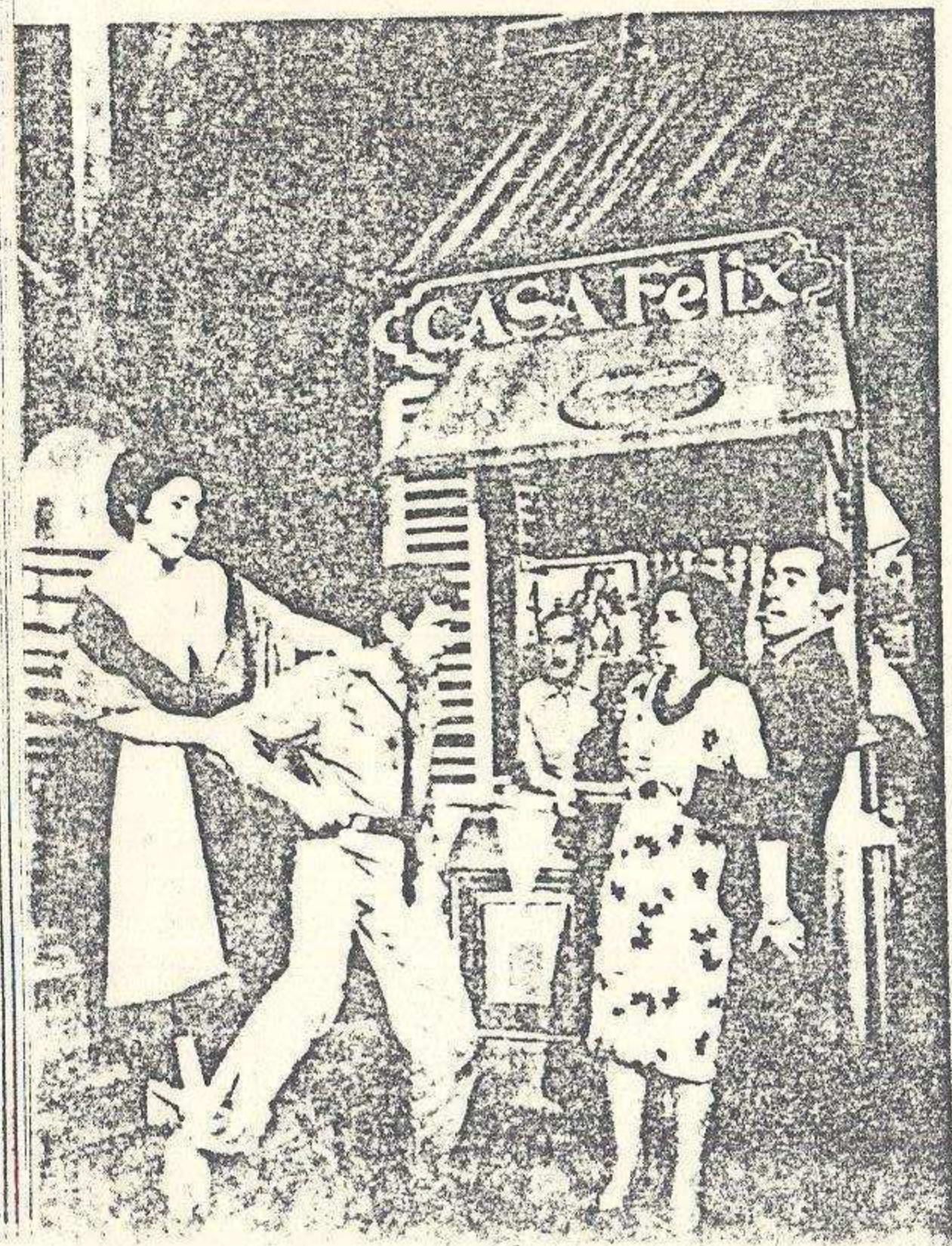
# el pagador de promesas

drama en tres actos

versión española de ANTONIO DE CABO

- (Premio Nacional de Teatro 1962)
- (Premio Gobernador del Estado de Sao Paulo)
- (Premio a la mejor Comedia Brasileña 1962)
- La película Gran Palma de Oro del Festival de Cannes

12574855  
3/16/11



## PERSONAJES:

- Ze del Burro . . . . Carlos Lemos.
- La Marli . . . . . Pilar Bienert.
- Rosa Suárez . . . . María Massip de Almendros.
- Padre Olavo . . . . Ramón Durán.
- El repórter . . . . . Víctor Fuentes.
- El Bonitón . . . . . Fernando Guillén.
- Una Beata . . . . . María Luisa López Naya.
- Un policía secreta . . . . Emilio Sancho.
- El Delegado comi-sario . . . . . Simón Cabido.
- El Sacristán . . . . Rafael Calvo.
- Dede . . . . . Antonio Iranzo.
- El tendero . . . . . Enrique Navas.
- La vieja negra Tia Miña . . . . . Carmen López La-gar.
- Otra Beata . . . . . Teresa Tomás.

Enrique Julver, Francisco Portas, Federico Martí, José M.ª Puyvelo, Fernando Ransans, José Lucio.

Decorado: Sigfrido y Wolfang Burman.  
(Realizado: Sabaté y Talens.)

Dirección:  
Armando Moreno  
y José M.ª Morera, ayudante.

Estreno:  
24-1-63, en el Teatro Talia, de Barcelona.

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio Gómez  
SMJEC  
Facultad de Humanidades  
UTR-RP

## cuadro primero

tuz, de la derecha, proyecta una pequeña claridad sobre el escenario. Des, pues de acostumbrarse la vista a falta de luz, el espectador identificará fácilmente una pequeña plaza, a la que desembocan dos calles, una a la derecha, siguiendo la línea de la batería del teatro, y otra a la izquierda. Hacia el fondo sube una rampa, frente a la platea. Esta rampa es como una cuesta sinuosa, bordeada de viejos edificios coloniales. A un extremo de la calle de la derecha se ve la fachada de una iglesia relativamente modesta, que está situada en lo alto de una escalinata de cuatro o cinco peldaños.

En una de las esquinas de la otra calle habrá una tienda-almacén, en el cual tanto se sirven cafés, refrescos, cachaza (aguardiente de caña), como toda clase de artículos. En la otra esquina de la rampa, un edificio cuya fachada forma una ligera panza, por la superposición de pisos, no previstos al iniciarse la construcción.

El suelo de la calle es irregular y las fachadas de los edificios están aún adornadas por algunos azulejos, ya muy estropeados por el tiempo.

En resumen, un paisaje típicamente bahiano. De la antigua Bahía Colonial, que aun hoy en día, resiste la avalancha urbanística moderna.

Deben ser, aproximadamente, las cuatro de la madrugada. Tanto la iglesia como el almacén tienen las puertas cerradas. Se oyen, lejanos, los tambores de un condomble tocando el ritmo de Iansan. Pasan unos segundos todavía antes que aparezca Ze del Burro (1) por la calle de la derecha, cargando sobre los hombros una enorme y pesada cruz de madera. Con pasos lentos y cansados entra en la plaza, seguido de Rosa, su mujer.

Es un hombre aún joven —de unos treinta años, aproximadamente—, delgado y de estatura media. Sus facciones reflejan bondad y tolerancia, y en su rostro demuestra un cierto infantilismo. Sus gestos son lentos y perezosos, así como también lo es su manera de hablar. Lleva barba de dos o tres días, y se viste decentemente, si bien su ropa ha sido mal confeccionada y está arrugada y sucia de polvo. Rosa, su mujer, da la sensación de no tener nada que ver con él. Es una hermosa mujer, aunque sus rasgos sean un poco vulgares, así como también sus maneras. Al contrario de su marido, es una temperamental. Agresiva en su belleza, revelando a primera vista una enorme insatisfacción sexual y un ansia enorme de romper con un ambiente en el que se ahoga. Se viste como una provinciana que va a la ciudad, pero también como una mujer que no desea ocultar los encantos que posee.

(1) Nota: Ze es una abreviatura muy común de José. Se pronuncia Sé.

(Ze del Burro llega al centro de la plaza y apoya la cruz en el suelo, equilibrándola por la base y uno de los brazos, como si fuera un caballete. Está exhausto. Se limpia el sudor que le corre por la frente.)

ZE.—Es ésa... Sólo puede ser ésa...

(Rosa se para también al pie de la escalinata, cansada y molesta, dejando ya entrever una irritación que crece por momentos.)

ROSA.—Bueno, ¿y ahora qué vamos a hacer?... Está cerrada.

ZE.—Aún es temprano. Esperaremos a que abran.

ROSA.—¿Vamos a esperar aquí?

ZE.—Sí. No tenemos más remedio.

ROSA.—(Le lanza una mirada furiosa y se sienta en uno de los escalones. Se quita el zapato y se acaricia los doloridos pies.) Tengo una ampolla en este pie que da miedo verla...

ZE.—Yo también. (Su rostro adquiere un rictus de dolor. Se quita una de las mangas de la chaqueta.) Mis hombros deben de estar en carne viva...

ROSA.—Te está bien empleado... Ya te dije que debías ponerte almohadillas, pero no quisiste hacerme caso...

ZE.—No hubiera estado bien. Cuando hice la promesa no dije nada de las almohadillas...

ROSA.—Ya que no hablaste de ellas, podías perfectamente habértelas puesto. La Santa no protestaría por eso...

ZE.—No, no hubiera estado bien. Yo prometí traer la cruz a cuestras, como hizo Jesús. Y Jesús no usó almohadillas.

ROSA.—No las usó porque no le dejaron.

ZE.—No, no. En estas cosas de los milagros es preciso ser muy honesto. Si uno engaña a la Santa, pierde el crédito, y otra vez, cuando hace otra promesa, la Santa te mira, consulta sus notas y dice...: ¡Ah!, tú eres Ze el del Burro, aquel que quiso burlarse de mí... y ahora vienes a hacerme otra promesa...; pues bien, puedes irte al diablo..., ¡estafador! Con los Santos ocurre como con los gringos, si se les engaña, todos los demás se enteran inmediatamente.

ROSA.—¿Pero es que aún te han quedado ganas de hacer otra promesa después de ésta? ¿No has tenido bastante?...

ZE.—Nunca sabe uno si lo va a necesitar... Por eso lo mejor es tener siempre las cuentas al día.





ZE.—¿Quieres, Rosa?... ¿Quieres esperarme en el hotel... (Se vuelve hacia el Bonitón.) ¿Es un hotel decente?  
BONI.—(Fingiéndose ofendido.) Usted cree que yo le iba a indicar...  
ZE.—Perdóneme, pero siempre oí decir que aquí en la ciudad...  
BONI.—Puede usted confiar en mí.  
ZE.—¿Está muy lejos?  
BONI.—No, al final de aquella cuesta...  
ZE.—¿Qué dices, Rosa?  
ROSA.—(Dándose cuenta del juego del Bonitón.) No quiero ir, Ze... Prefiero quedarme a tu lado.  
ZE.—Hace un momento te quejabas de...  
BONI.—Y tenía razón... La pobre debe de estar exhausta... Andar siete leguas con este calor...  
ZE.—Tú tenías razón...; la promesa es mía, no tuya... Anda, ve con el señor... No tengas miedo...  
BONI.—Yo la acompaño y la presento al portero que es muy amigo mío..., porque ya sabe usted que a una mujer sola a estas horas no la admiten..., y vuelvo aquí para decirle el número del cuarto... Así, en cuanto haya cumplido la promesa podrá usted ir a buscarla...  
ZE.—Me hará usted un gran favor... Ya sabe que yo no puedo moverme de aquí...  
BONI.—No, no debe hacerlo... Ante todo está Santa Bárbara...  
ROSA.—Ze, será mejor que me quede a tu lado...  
ZE.—¿Para qué, Rosa?... Anda, ve a descansar en

## cuadro segundo

*Las luces vuelven a encenderse lentamente. Es de día. Se oyen distantes los ruidos característicos del despertar de una ciudad. Algún que otro bocinazo..., cohetes que estallan en honor de Iansan, la Santa Bárbara del Candombe, y también la campana de la iglesia, que llama a los fieles para la misa de seis. Nada de todo eso despierta a Ze del Burro. Por la cuesta aparece La Beata. Va completamente vestida de negro, con velo en la cabeza. Anda con pasitos menudos y rápidos, como si temiera llegar tarde. Pasa delante de Ze del Burro y la cruz, sin darse cuenta de nada. Se para ante la escalinata y murmura:*

BEATA.—¡Siempre lo mismo!... ¡La puerta cerrada!... ¡Corre una por miedo a llegar tarde y resulta que la puerta siempre está cerrada!... ¿Por qué no abrirán primero y tocarán la campana después?... Pues no señor... Primero tocan la campana y luego abren la puerta... ¡Todo es culpa de ese endemoniado sacristán!... (Se queda parada al ver la cruz. Se coloca las gafas bien como si no diera crédito a lo que ven sus ojos. Se aproxima y examina detenidamente la cruz y a su dueño dormido. Su expresión es de profunda extrañeza...) ¡Virgen Santísima!... (En ese momento se abre la puerta de la iglesia y aparece el Sacristán. Este es un hombre de unos cincuenta años, pero al que su mentalidad quedó parada a los catorce. Usa gafas de gruesos cristales porque es completamente miope. Parece borracho por el sueño. Bostezo larga y ruidosamente después de abrir el primer ojo.)

*la puerta. Se despereza y lanza un profundo gemido. Luego abre toda la puerta, se apoya en el lateral de la misma y dormita durante unos segundos sin prestar atención a la Beata, que se aproxima a él; cuando está a su lado le da un codazo.)* Oye, muchacho...  
SACRISTÁN.—(Despierta asustado.) Sí, Padre, ya voy...  
BEATA.—¿Qué Padre ni qué narices!...  
SAC.—¿Ah, es usted?  
BEATA.—Voy a quejarme al Padre Olavo de su manía de tocar la campana antes de abrir la puerta... En cuanto oigo el primer toque bajo echando las tripas por la boca, y cuando llego aquí me encuentro con la puerta cerrada...  
SAC.—¿Y por qué viene usted a misa de seis?  
BEATA.—(Muy mal educada.) ¡Vengo a esa porque

una buena cama... No tienes necesidad de dormir sobre esas piedras...  
BONI.—Es peligroso... Podría usted coger una pulmonía.

*(Rosa inicia la salida. Se para, dudando... Conoce el peligro a que se expone... Intenta con la mirada dar a conocer a Ze su recelo...)*

ROSA.—Ze... Ze.  
ZE.—¡Ah, sí, me olvidaba!... (Mete la mano en el bolsillo y saca unos billetes.) ...Es posible que tengas que pagar adelantado...  
ROSA.—(Recibe el dinero y se enfrenta con su marido.) Tal vez sea mejor que después de entregar la cruz mandes rezar una misa en acción de gracias...  
ZE.—(Sin comprender la ironía.) No es mala idea...

*(Rosa sube la cuesta y El Bonitón la sigue.)*

BONI.—Yo vuelvo en seguida...  
ZE.—Le espero...

*(Se sienta al pie de la cruz y busca la manera de apoyar el cuerpo en ella. Al cabo de un momento el sueño le vence. Las luces se apagan poco a poco.)*

## FIN DEL CUADRO PRIMERO

*tarle...! (Apunta con un dedo hacia la cruz.)*  
¿Qué es eso?

SAC.—¿El qué?  
BEATA.—¿No lo ve?... Esa cruz enorme en medio de la plaza...

SAC.—(Limpiándose las gafas.) Ah, sí... Ahora lo veo... Pues es una cruz de madera... y parece que hay un hombre durmiendo junto a ella...  
BEATA.—¡Le felicito por su vista! Naturalmente que hay una cruz y un hombre durmiendo a su lado... Lo que a mí me gustaría saber es qué hacen ahí...

SAC.—¿Yo qué sé!... ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?... Oiga, ¿por qué no va y se lo pregunta a él?...

BEATA.—(Furiosa.) ¡Yo no pienso preguntar nada!

SAC.—Tal vez se haya salido de la procesión...  
BEATA.—¿Qué procesión?... ¿La de Santa Bárbara?... Pero si aún no salió... Además, ¿cuándo ha visto a alguien cargar con una cruz así en la procesión?... Ni siquiera en la del Santo Fuertiro...

*(Se santigua y entra rápidamente en la iglesia. El Sacristán se acerca con curiosidad a Ze del Burro. En ese momento aparece El Bonitón por la cuesta. Ve la iglesia abierta y se para extrañado.)*

BONITÓN.—¡Eh!...  
SAC.—(Mirándole aterrizado.) Es una cruz auténtica...

BONI.—¿Y qué pensabas que era?... ¿Un cañón? (Acercándose a Ze.) Duerme como un tronco... No le despertaron ni los petardos de Santa Bárbara... Dicen que es así como duermen las personas que tienen la conciencia tranquila y el alma pura... (Cínico)... A mí también me ocurre lo mismo en cuanto caigo en la cama... (Sacude a Ze.) Eh, amigo...

ZE.—(Despertando.) Oh, ya es de día...  
BONI.—Sí, y la iglesia ya está abierta... Ya puede usted entrar eso.

ZE.—(Levantándose con dificultad y con los músculos entumecidos.) Es verdad...

BONI.—Vine a decirle el número de la habitación de su mujer..., el 27... Un hermoso cuarto en el segundo piso. (Rápidamente.) Por lo menos eso fue lo que me dijo el portero...

ZE.—Muchas gracias.  
BONI.—El hotel está allí... al doblar la cuesta... Se llama el Hotel Ideal... Me retrasé un poco en venir porque me entretuve jugando a las damas con el portero...

SAC.—(Muy interesado.) ¿Y le ganó?  
BONI.—Hicimos tablas...  
SAC.—Yo también soy un loco por las damas...  
BONI.—(Examinándole de arriba a abajo.) Nadie lo diría...

*(En la puerta de la iglesia aparece el Padre Olavo.)*

SAC.—(Como si hubiera sido pillado en falta.) ¡Padre Olavo!  
ZE.—¿Es el padre...? ¿He de hablar con él?

*(El Sacristán se dirige precipitadamente a la iglesia y con un gesto de sorpresa y con*

*la mirada terrible que le lanza el Padre Olavo. Este es un sacerdote aún joven. Debe contar unos cuarenta años. Sus convicciones religiosas están muy próximas del fanatismo. Tal vez eso, en el fondo, sea una falta de convicción y una autodefensa. Su intolerancia, que le lleva en muchos momentos a chocar contra principios de su propia religión y a confundir con enemigos a los que están de su lado, no pasa, tal vez, de una coraza que le protege contra una flaqueza consciente.)*

PADRE.—(Al Sacristán.) ¿Qué hacías ahí?  
SAC.—(Defendiéndose.) Conversaba con aquellos dos hombres...

PADRE.—Te estaba esperando para que me ayudaras en la misa... (Señala al Bonitón y a Ze del Burro.) ¿Quiénes son?

SAC.—No lo sé... Uno de ellos dice que quiere hablar con usted...

ZE.—(Adelantándose.) Yo, Padre... (Se inclina respetuosamente y le besa la mano.)

PADRE.—Ahora no puedo entretenerme... Es la hora de la misa... Luego, si quiere...

ZE.—Vengo de muy lejos, Padre... Tuve que andar siete leguas...

PADRE.—¿Siete leguas para hablar conmigo?  
ZE.—No, para traer esta cruz.

PADRE.—(Mirando detenidamente la cruz.) ¿Y cómo la trajó... en un camión?

ZE.—No, Padre... A cuestras...  
SAC.—(Mostrando infantil admiración.) ¡Pobrecillo!

PADRE.—(Mirándole enérgicamente.) ¡Cállate! (Su interés por Ze del Burro va en aumento.) Siete leguas cargando esa cruz a la espalda... Déjeme ver sus hombros...

*(Ze baja su camisa y muestra el hombro. El Sacristán se inclina también para verlo y no esconde su impresión.)*

SAC.—¡Está en carne viva!  
PADRE.—(Pareciendo darse por satisfecho.) ¿Promesa?

ZE.—(Mueve afirmativamente la cabeza.) Sí, a Santa Bárbara... Estaba esperando que abrieran la Iglesia...

SAC.—¡Debe de haber recibido de la Santa una gracia muy grande!...

*(El Padre hace un gesto nervioso para que el Sacristán se calle.)*

ZE.—Gracias a ella, la muerte no se llevó a mi mejor amigo.

PADRE.—(Meditando profundamente sobre la cuestión.) Aunque así sea... ¿No le parece un poco exagerada esa promesa...? ¿Y también un poco vanidosa...?

ZE.—No, padre. Una promesa es una promesa... Igual que un trato... Si uno recibe la mercancía, debe pagarla... Si, ya sé que existen muchos fanfarrones por ahí, pero yo no soy de esos... Yo acostumbro a pagar contra entrega... Cuando Nicolás cayó enfermo, no se puede usted imaginar cómo me afectó...

PADRE.—¿Y fue por ese Nicolás por quien hizo la promesa?

ZE.—Sí... Nicolás fue herido por un árbol durante una tormenta...

SAC.—¡Santa Bárbara bendita!... ¿El árbol cayó encima de él?

ZE.—No, pasó rozándole la cabeza... Sólo le hizo un pequeño rasguño y un enorme chichón en la cabeza... Pero llegó a casa chorreando sangre... Daba pena verle... Mi mujer y yo le curamos, pero no había medio de parar la sangre...

PADRE.—Una hemorragia.

ZE.—Únicamente se paró cuando salí al corral, cogí un puñado de estiércol y se lo puse encima de la herida.

PADRE.—(Asqueado.) Hijo mío ¿eso revela tu ignorancia!... ¡Es una porquería!...

ZE.—Sí, ya lo sé... Eso mismo me dijo el médico cuando llegó... Me mandó que le quitara inmediatamente todo aquello de encima de la herida, diciéndome que si no lo hacía inmediatamente, Nicolás moriría...

PADRE.—¡Naturalmente!

ZE.—Yo se lo quité y él le limpió la herida. Pero la sangre volvió a chorrear como un río... ¿Y cree usted que el médico consiguió pararla...? Pues no... Empapaba un algodón tras otro, pero la sangre seguía manando... El pobre Nicolás se desangraba... Después de un cierto tiempo, el médico se volvió hacia mí y me gritó: ¡Ve a buscar más estiércol, hombre de Dios, si no este pobre se muere...!

PADRE.—¿Y la hemorragia cesó?

ZE.—Al momento... ¿No sabía usted que el estiércol es un remedio santo? Aunque no sea de vaca. Dicen que el caballo castrado también vale... pero mucha gente prefiere emplear la tela de araña...

PADRE.—Siga... Adelante... No estoy interesado en conocer esa clase de medicina.

ZE.—Pues bien, la sangre paró de correr, pero Nicolás empezó entonces a tiritar de fiebre y al día siguiente sucedió una cosa que nunca había ocurrido: Yo salí de casa y Nicolás no me siguió. No se podía ni levantar. Fue la primera vez que aquello ocurría en seis años... Fui al pueblo a hacer unas compras y entré en el bar de Jacob para tomar una copa de cachaza... Luego pasé por la farmacia de mi amigo Zequiña, para enterarme de las últimas noticias... Naturalmente sin Nicolás... Todo el mundo se dio cuenta... ¡Estaban tan acostumbrados a que cuando querían saber donde yo estaba, no tenían más que buscar a Nicolás...! Si yo entraba a Misa, él se quedaba esperándome en la puerta de la Iglesia...

PADRE.—¿En la puerta...? ¿Por qué no entraba...? ¿No es católico?

ZE.—Siendo como es, un alma buena, no puede dejar de ser católico... Pero no era por eso, que no entraba en la Iglesia... Es que el Señor Vicario no le deja. (Con mucha pena.) Nicolás tuvo la desgracia de nacer burro... de cuatro patas.

PADRE.—¿Burro...? ¿Así que ese al que llamas Nicolás es un burro...? ¡Un animal!

ZE.—Sí, padre... Mi burro...

PADRE.—¿Y fue por él, por un burro, que te hiciste esta promesa?

ZE.—Sí... La verdad es que yo no sabía que iba a ser tan difícil encontrar una Iglesia de Santa Bárbara y que iba a tener que andar siete leguas para encontrar una, aquí, en Babia...

(El Bonitón que asistió a toda la escena un poco apartado, lanza una grosera y sonora carcajada... El Padre Olavo le lanza una mirada de sorpresa como si fuera la primera vez que notara su presencia. El Bonitón se corta bruscamente desarmado ante la enérgica mirada.)

...pero aunque lo hubiese sabido, no por eso hubiera dejado de hacer la promesa... Porque cuando me di cuenta de que ni las oraciones del Negro Zeferino daban resultado...

PADRE.—¿Oraciones del Negro Zeferino...? ¿Qué clase de oraciones son esas...?

ZE.—Padre, debe usted perdonarme... pero la verdad es que las intenté de toda clase. El Negro Zeferino es muy respetado en mi región: Sarna de perro, peste de ganado... todo, todo lo cura con dos oraciones y tres signos en el suelo... Todo el mundo cree en él... Yo mismo, en otra ocasión, estaba con un dolor terrible de cabeza que no me dejaba un minuto y... le llamé... El vino y me dijo que tenía el Sol metido en la cabeza. Me puso una tohalla encima, derramó una botella de agua, rezó una oración... y el sol, salió inmediatamente y me curó...

PADRE.—Hiciste muy mal en recurrir a él, hijo mío... ¡Esos rezos son oraciones del Diablo!

ZE.—No, padre... ¡Del Diablo no!

PADRE.—Sí. ¡Del Diablo!... No supiste distinguir el bien del mal... Eso les ocurre a casi todos los hombres... Se esconden tras el milagro, en lugar de enconderse tras de Dios... No saben si caminan hacia el Cielo o hacia el infierno...

ZE.—¿Hacia el infierno...? ¿Cómo puede ser eso si sus oraciones sólo hablan de Dios? (Recita.) "Dios hizo el sol y Dios creó también la luz... Dios creó toda la claridad del Universo... Con su gracia yo te bendigo y te curo... Sal, Sol de la cabeza de esta miserable criatura, hacia las olas del Mar Sagrado, con los Santos poderes del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Después rezó un padrenuestro y el dolor de cabeza desapareció en el mismo instante...

SAC.—¡Eso es increíble!

PADRE.—Hijo mío, ese hombre es un hechicero.

ZE.—¿Cómo puede ser un hechicero...? La oración es para curar...

PADRE.—No, no es para curar, es para tentarte... Tú caíste en esa tentación...

ZE.—Lo único que sé es que me curó... (En otro tono.) Pero con Nicolás, no valieron las oraciones... El Negro Zeferino puso el pie en la cabeza del desdichado y dijo una serie de oraciones... pero no sirvieron de nada... Yo, ya empezaba a perder la esperanza... El pobrecillo Nicolás estaba estirado con las orejas gachas y tan delgado, que se le podían contar las costillas... No comía, ni bebía, ni movía el rabo para espantar las moscas que le molestaban. En-

a oír sus pasos detrás de mí... cuando me seguía como un perro a todos lados... Fíjese que hasta me pusieron de mote por su culpa Ze del Burro... Pero a mí eso no me importó... Nunca lo tomé por una ofensa... Y es que Nicolás no es un burro como los otros... Nicolás es un burro con alma de persona... Y si me sigue y me obedece, es por amistad, por cariño hacia mí... Es por eso que nunca me monto en él. Prefero andar a pie o a caballo... y sea como sea, él me sigue siempre... Si entro en una casa y aunque me entretenga en ella dos horas, son dos horas que él espera por mí, plantado ante la puerta... Padre, ¿no cree usted que un burro de esos bien vale una promesa...?

PADRE.—(Secamente y conteniendo su indignación.) Adelante... Vamos sigue con tu historia...

ZE.—Pues bien, cuando estaba más desesperado, la comadre Minda, me recordó el candomble de María de Iansan y me dijo que por qué no iba a él...

PADRE.—¿E candomble...?

ZE.—Sí, padre... Se celebra a dos leguas de mi casa... (Con conciencia de quien ha cometido una falta no demasiado grave.) Sé que se va usted a enfadar conmigo por eso... Yo nunca fui muy dado a frecuentar los candombles, pero en este caso se trataba de mi Nicolás... que estaba moribundo y no me costaba nada probar. Aunque sabía que no hacía bien, tampoco hacía mal... Y fui allí. Conté a la Madre del Santo mi caso. Ella me dijo que era con Iansan, señora de los rayos y de las tormentas, con quien tenía que hablar, pues había sido ella, Iansan, quien había herido a mi Nicolás... También me dijo que era a ella a quien debía ofrecerle un sacrificio... bueno, quiero decir... una promesa... pero esta debía ser una promesa bien grande, porque Iansan —que había herido a Nicolás con un rayo— no se iba a volver atrás por cualquier cosa... Yo me acordé entonces de que Iansan y Santa Bárbara son una misma cosa y le prometí que si Nicolás se curaba, yo llevaría una cruz de madera desde mi casa, hasta su Iglesia, el día de su fiesta. Una cruz tan pesada como la de Jesús...

PADRE.—(Como si anotara las palabras.) ¡Tan pesada como la de Jesús! Tú le prometiste eso a...

ZE.—Santa Bárbara.

PADRE.—No. ¡A Iansan!

ZE.—Da lo mismo, padre. Las dos son una sola persona...

PADRE.—(Gritando.) ¡No!... (Se controla.) Pero sigue contando.

ZE.—Y prometí también dividir mis tierras entre los demás labradores pobres, con aquellos que son más pobres que yo.

PADRE.—¿Dividir tus tierras...? ¿En partes iguales?

ZE.—Sí, padre.

SAC.—Y Nicolás... quiero decir el burro, ¿se curó?

ZE.—Inmediatamente. Fue un milagro, un auténtico milagro. Al día siguiente ya estaba en pie, con las orejas tiesas y relinchiando... Una semana después todo el mundo me señalaba con

el dedo al pasar por las calles: ¡Ahí va Ze del Burro con su Nicolás! (Ríe.) ¡Y yo me sentía muy orgulloso!... ¡Y Nicolás también! Sólo él y yo sabíamos que había sido preciso un milagro para que pudieran seguir diciendo eso... (Rectificando)... Bueno, yo, él y naturalmente, Santa Bárbara.

PADRE.—(Procurando controlarse.) En primer lugar, debo decirte hijo, que llegando a admitir la intervención de Santa Bárbara, no se trataría de ningún milagro, sino apenas de una gracia que te había concedido... El burro también podía haberse salvado sin la intervención Divina...

ZE.—¿Cómo, padre, si él sanó de un día para otro...?

PADRE.—(Como si no le oyera.) Además de eso, si Santa Bárbara tuviera que concederte una gracia, no lo haría nunca durante una ceremonia de candomble.

ZE.—Es que en la capilla de mi pueblo, no existe una imagen de Santa Bárbara, pero en el candomble tienen una de Iansan que es la misma persona...

PADRE.—(Explotando.) ¡Iansan no tiene nada que ver con Santa Bárbara! ¡Santa Bárbara es católica!... ¡Tú asististe a un ritual fetichista!... Invocaste a una divinidad falsa y fue a ella a quien prometiste ese sacrificio!...

ZE.—No, padre, no. ¡Fue a Santa Bárbara! ¡Incluso fue a la Iglesia de Santa Bárbara a donde prometí venir con mi cruz y será ante el altar de Santa Bárbara ante el que caeré de rodillas, dentro de un momento, para agradecerle todo lo que ella hizo por mí y por mi Nicolás!...

PADRE.—(Da unos pasos de un lado para otro y por fin se detiene ante Ze en actitud inquisitorial.) Muy bien... Pero veamos... ¿después de cumplir tu promesa qué piensas hacer...?

ZE.—(Que no comprendió la pregunta.) ¿Que qué pretendo hacer...? Pues volver a mi casa en paz con mi conciencia y con la Santa.

PADRE.—¿Eso es todo?

ZE.—Sí, padre.

PADRE.—¿Estás seguro?... ¿No pretenderás que te miren como a un nuevo Cristo?

ZE.—¿Yo, padre?

PADRE.—Sí, tú. Tú que acabas de repetir el Via Crucis, sufriendo el mismo martirio que Jesús... Tú, que pretenciosamente, pretendes imitar al Hijo de Dios...

ZE.—(Muy humilde.) Padre... yo no quiero imitar a Jesús...

PADRE.—(Cortándole terrible.) ¡Mentira! Recuerdo muy bien todas tus palabras!... Tú mismo has dicho que prometiste cargar con una cruz: "Una cruz tan pesada como la de Jesús"...

ZE.—Sí, pero eso...

PADRE.—Eso prueba que estás siendo sometido a una tentación.

ZE.—¿Qué tentación, padre?

PADRE.—La de quererte igualar al Hijo de Dios.

ZE.—No padre, eso nunca.

PADRE.—¿Y por qué te empeñas en repetir la Divina Pasión...? ¿Para salvar a la Humanidad...? ¡No, para salvar a un burro!...

ZE.—Padre, Nicolás...

PADRE.—¡Y para colmo, un burro con nombre cristiano!... ¡Un cuadrúpedo!... ¡Un irracional!

(La Beata sale de la Iglesia y asiste a la escena desde lo alto.)

ZE.—Pero, padre, ¿no fue también Dios quien creó a los burros?

PADRE.—Sí, pero no a semejanza suya. Y tampoco fue para salvarlos a ellos, que mandó a su Hijo. ¡Fue por nosotros, por ti, por mí y por toda la Humanidad!

ZE.—(Angustiado intenta explicarse.) Padre, quiero que comprenda que mi Nicolás no es un burro como los demás... Usted no lo conoce... Nicolás es un burro con alma de persona...

PADRE.—¡Pues ni que la tuviera de ángel, conseguiría que tú entraras en esta Iglesia con esa cruz!...

(Da media vuelta y se dirige hacia la Iglesia. El Sacristán le sigue.)

ZE.—(Desesperado.) ¡Padre... Padre...! ¡Escúcheme... Yo prometí llevar la cruz hasta el altar mayor... y es preciso que cumpla mi promesa!...

PADRE.—Deberías haberlo hecho en una Iglesia o en cualquier otro lugar que no fuera un antro de brujería...

ZE.—Pero, padre, yo ya le expliqué...

PADRE.—¡No se puede servir a dos amos! ¡A Dios y al Diablo!

ZE.—Padre...

PADRE.—¡Un rito pagano que empezó en un can-

## SEGUNDO ACTO

### cuadro primero

Aproximadamente dos horas más tarde.

El almacén o venta del "Gallego" está abierto. Su dueño de pie encima de un cajón, está atando una guirnalda de banderines rojos y blancos, que va desde la puerta de su almacén hasta la fachada de la casa de enfrente.

Ze del Burro continúa en el centro de la plaza, al lado de su cruz.

Se oye una voz pregonando: ¡Beijú!... ¡Beijú!... Momentos después surge en el alto de la cuesta Una Negra con el traje típico de Bahía. Lleva una bandeja en la cabeza. Desciende majestuosa la cuesta, pregonando su mercancía. Al pasar frente al almacén del "Gallego", saluda.

MIÑA TÍA.—Que Iansan te dé un buen día.

GALLEGO.—Muchas gracias, Miña Tía.

(Se dirige hacia la Iglesia y se para ante la escalinata.)

TÍA.—(Al Gallego.) Anda, ¿quieres venir a echar una manita a tu tía? (El Gallego se apresura a ayudarla. Retira primero el caballete que lleva encima de la bandeja y lo abre, luego le ayuda a bajar la bandeja de la cabeza y la coloca encima del caballete.) ¡Que Santa Bárbara te lo pague!... (Dándose cuenta de la presencia de Ze.) ¿Quién es ese?...

GALLE.—No sé. ¡Ya estaba ahí cuando abrí el almacén! ¡Algún loco!

(Vuelve a colocar la guirnalda, mientras Miña Tía se dedica a encender el fuego de su hornillo. Aparece por la cuesta con un

domble, no puede terminar ante el altar de una Iglesia!...

ZE.—Pero, padre, la Iglesia...

PADRE.—¡La Iglesia es la casa de Dios y el candoble el culto del Diablo!

ZE.—Padre, yo no anduve siete leguas para tener que volverme ahora así. Usted no puede impedir que yo entre... ¡La Iglesia no es suya, es de Dios!

PADRE.—¿Piensas desobedecer mi autoridad?

ZE.—Padre, si debo elegir entre usted y Santa Bárbara, me quedo con ella.

PADRE.—(Al Sacristán.) Cierra la puerta. Quien quiera asistir a misa, que entre por la puerta de la sacristía. Por aquella puerta no puede pasar esa cruz...

(Da media vuelta y entra en la Iglesia. La Beata entra también apresuradamente. El Sacristán cierra la puerta mientras Ze del Burro, en el centro de la plaza, con los nervios en tensión, los ojos dilatados en actitud de total incompreensión y desamparo, parece dispuesto a no moverse de allí. El Bonitón un poco apartado, observa todo con sonrisa irónica. La puerta de la Iglesia se cierra del todo mientras un estallido de petardos y cohetes tremendo, celebra y saluda el comienzo de la fiesta de Iansan. El telón cae lentamente...

## FIN DEL PRIMER ACTO

dar perezoso, Dede el de las Rimas. Un mulato, que usa un seboso sombrero hongo—un adorno muy necesario a su profesión de poeta comerciante—. Debajo del brazo lleva una enorme pila de folletos: Romances populares en verso, etc... Y dos carteles, uno en el pecho y otro en la espalda. En uno se lee: "Romance de la Mulata Esmeralda". "¡Una obra maestra!". Y en el otro: "Acaba de salir. La tinta aún está fresca: Lo que el ciego Jeremías vio en la Luna."

DEDE.—(Declamando):

¡Buen día, gallego mío!,  
día igual yo nunca vi,  
para celebrar Iansan  
que no aborre lo pedí.

y me preste, por favor,  
dos dedos de parati...

GALLE.—¡Con ese cuento de los versitos, siempre consigue usted lo que quiere! (Entra en el almacén y se coloca tras el mostrador.) ¿Oiga, esa historia del ciego Jeremías es buena?...

(Le sirve a Dede una copa de parati.)

DEDE.—(Teatral.) Una epopeya... Una nueva Ilíada en la que Troya es la Luna y el caballo de Troya, el caballo de San Jorge!... (Coloca un ejemplar sobre el mostrador.) Tenga, se lo regalo en pago de la copita...

GALLE.—Está bien..., pero yo prefiero la otra. La de la mulata Esmeralda...

DEDE.—¡Una prueba de buen gusto, gallego! (Cambia el folleto.) También es una obra maestra... Modestia aparte, te diré que no tiene nada que envidiar a Camoens... (Bebe la copa de un trago. Refiriéndose a los banderines.) ¡Banderines rojos y blancos, los colores de Iansan!... ¡Luego dirá usted que no cree en el candoble!...

GALLE.—Crear no creo, pero hay mucha gente que sí, y como soy un mísero comerciante.

DEDE.—¡Dos! Amigo, ¡somos dos comerciantes!... (Alargando de nuevo la copa.) Deme otra copita. Mañana se la pago...

(El Gallego pone mala cara, pero llena la copa. La Beata entra por la derecha y se detiene al lado de Miña Tía. Al ver a Ze del Burro se muestra sorprendida e indignada.)

BEATA.—¡Es el colmo, aún está ahí!...

TÍA.—Es que no van a abrir la iglesia hoy, ¡aia (1)!... ¡Es el día de Santa, Bárbara!

BEATA.—(Lanzando una mirada acusadora a Ze.) No la abrirán mientras ese individuo no se haya ido...

TÍA.—¿Qué fue lo que hizo?

BEATA.—¡Quiere entrar en la iglesia con esa cruz!

TÍA.—¿Y eso es todo?

BEATA.—¿Le parece poco?... ¿Cree que el Padre Olavo lo puede permitir?

TÍA.—¿Por qué no?... Seguramente el pobre hizo una promesa...

BEATA.—Sí, pero fue una promesa de candoble... ¡Una promesa a Iansan!... ¡Que Dios me perdone! (Se santigua. Luego se dirige hacia la izquierda. Al pasar al lado de Ze lo insulta): ¡Hereje!...

(Luego sube la cuesta seguida por la mirada de conmovida incompreensión que le dirige Ze del Burro.)

DEDE.—(Que lo oyó todo, habla al Gallego.) Voy a ver si Miña Tía me fia un abará... (Atraviesa la plaza, mostrando curiosidad e intriga al pasar al lado de Ze.) ¡Buenos días, Miña Tía!

TÍA.—Buenos días, Dede... (Ofreciéndole pastillos.) Acarajé, abará, beijú...

DEDE.—(Señalando.) Un abará... Se lo pagaré luego con el primer dinero que me entre.

TÍA.—Ya me lo figuraba.

(Le entrega el abará envuelto en una hoja de plátano.)

DEDE.—(Refiriéndose a Ze.) ¿Qué es toda esa historia?

TÍA.—¿Lo oye?

DEDE.—Sí.

TÍA.—(Respetuosamente.) Promesa a Iansan.

(Se inclina y toca con la punta de los dedos el suelo y luego la frente.)

DEDE.—¿Y por eso el Padre no le dejó entrar?

TÍA.—Sí. Pobrecillo.

DEDE.—¿Y le cerró la puerta de la iglesia?

TÍA.—Sí. ¿No lo entiende?

DEDE.—No.

TÍA.—Hacer eso el Padre, que parece un hombre tan bueno...

DEDE.—¿De verdad cree que es tan bueno?

TÍA.—¡Pues claro!... Es muy amigo de los pobres y hace muchas obras de caridad...

(Entra El Guardia por la derecha. Se dirige directamente a Ze del Burro. Es un hombre que procura huir de los problemas que se le presentan. Su noción del deber coincide exactamente con su temor a las responsabilidades. Su mayor deseo sería que nada aconteciera nunca, para no tener que imponer su autoridad. En el fondo, esa autoridad le molesta aún más que el deber de ejercerla.)

GUARDIA.—¿Qué hay, amigo?

ZE.—¿Hola?

GUARD.—(Refiriéndose a la cruz.) ¿Para la procesión de Santa Bárbara?

ZE.—No.

GUARD.—Era para decirle que la procesión no sale de aquí, sino del Mercado, y de allí se dirige a la iglesia de la Salud...

ZE.—No tengo nada que ver con esa procesión...

GUARD.—¿Entonces qué hace aquí?... ¿Espera la fiesta?... ¡Es aún muy temprano!... Son las ocho y media. ¡Por la tarde es cuando esto se anima... ¡y cómo!...

ZE.—Estoy aquí desde las cuatro y media de la mañana.

GUARD.—¿Desde las cuatro y media?... (Mueve la cabeza preocupado.) Debe de ser usted muy devoto, amigo..., pero el caso es que escogió un mal sitio...

ZE.—La culpa no es mía...

GUARD.—Sí, ya sé que no fue usted quien inventó la fiesta de Santa Bárbara..., pero tampoco tengo la culpa de ser guardia y mi obligación es facilitar el tránsito todo lo posible...

ZE.—Lo siento, pero yo no puedo irme de aquí...

GUARD.—(Cuya paciencia empieza a agotarse.) Bueno, bueno, bueno..., yo estoy intentando arreglar las cosas por las buenas...

ZE.—(También un poco irritado.) Y yo estoy intentando también entenderme con usted y con todo el mundo, pero creo que nadie quiere entenderme a mí...

(Dede, que asistió a toda la escena, no resiste más la curiosidad y se acerca. Miña Tía también, desde su rincón, sigue el diálogo con el mayor interés.)

ZE.—Una mujer me llamó hereje... ¡El Padre me







te ocurra dar un escándalo!  
MARLI.—Vamos a ver, ¿por qué?... ¿O es que tienes miedo de su marido?

BONI.—No, le tengo miedo a nadie, pero no pienso dejar que insultes a la señora...

MARLI.—(Irónica.) ¡La señora!... ¡Qué gracioso!... ¡Si ella es una señora, yo aún soy virgen!

BONI.—(Autoritario.) ¡Marli, haz el favor de obedecerme!

MARLI.—¿Quieres hacerte el macho ante ella, rico?

BONI.—Yo no tengo nada que ver con esta señora...

MARLI.—¿Ah, no?... ¿Pues entonces por qué pasaste la noche con ella?...

(El rostro de Ze se cubre de sombras y busca en los ojos de Rosa una explicación. Ella no se atreve a mirarle. El Bonitón agarra a la Marli por el brazo violentamente.)

BONI.—¡Vamos para casa!

MARLI.—¡No!... ¡Antes quiero aclarar unas cuantas cosas aquí!... Quiero que esa sinvergüenza

## cuadro segundo

Son las tres de la tarde. Ze y Rosa continúan en medio de la plaza. Miña Tía, al lado de la puerta de la iglesia, con su bandeja. El Gallego, en el almacén.

Dede el de la Rima entra por la derecha.

DEDE.—"Romance de la mulata Esmeralda", Romance completo explicando toda la vida de Esmeralda, desde su nacimiento en el Pico de la Inocencia, hasta su muerte, de treinta mortales puñaladas, en la calle de la Perdición... (Ofrece uno de los folletos a Ze.) Tenga, sólo cuesta diez cruceiros...

(Ze lo rechaza con un gesto. Dede lee uno de los folletos declamando:)

Ay, Señor mío del Buen fin  
dame mucha inspiración,  
dame rima y mucha métrica  
para hacer la descripción  
de las penas de Esmeralda,  
calle de la Perdición.

(A Ze.) ¿Sabe en lo que estaba pensando?... que esa pelea suya con el Padre, daba un buen romance... Si quiere puedo escribirlo...

ZE.—No. (Con decisión.)

DEDE.—¿Por qué no quiere?... Sería precioso, un romance en verso...

ZE.—No.

DEDE.—Versos que, modestia aparte, serían leídos por toda Bahía... (Con intención.) Incluso por el padre Olavo... y verá usted, no es por darme pote, amigo, pero aquí donde me ve, yo por la gracia de la Virgen y del Señor del Buen fin, soy un hombre muy temido!... Cuando anuncio que voy a escribir un romance contando las trapisondas de este o de aquel diputa-

do... ¡Mio!... (Grita para Rosa.) Este traje fue comprado con mi dinero... Este y todos los que tiene... Todos... ¿Se entera?

BONI.—(Perdiendo la cabeza, amenazador.) Si no te vas a casa inmediatamente, no me volverás a ver nunca.

MARLI.—(Dejándose arrastrar hacia la derecha.) ¡Es mio, ha oído!... ¡Mio!... ¡Quédese con su beato y deje en paz a mi hombre, zorra!... ¡Si, mi hombre!...

(Salen.) (Se produce una pausa terriblemente larga durante la cual Ze mira a Rosa silenciosamente aún bajo el impacto de la escena. En su mirada se puede leer la duda, la incredulidad, pero sobre todo el horror ante un mundo que empieza a desmoronarse para él...)

(Las luces se apagan lentamente.)

## FIN DEL PRIMER CUADRO DEL ACTO SEGUNDO

do... Ah, amigo mío, el interfecto se apresura a buscarme para que suavice un poco mi inspiración... (Hace con los dedos el gesto característico del dinero.) Si yo anunciara en esta pizarra, que voy a escribir "el Romance de Ze del Burro", estoy seguro de que el padre abriría inmediatamente la puerta y cargaba él mismo con la cruz... (Ze le lanza una mirada de desconfianza.)

ROSA.—¿Y qué necesita usted para escribirlo?

DEDE.—Bueno... en primer lugar, su consentimiento... en segundo... ya sabe que el papel está por las nubes... La tipografía cobra un ojo de la cara y...

ROSA.—Ah, pero es necesario pagar para...

DEDE.—Unos cinco mil cruceiros, para ayudar al poeta... (A Ze.) Pero, le garantizo el resultado.

ZE.—(Vigorosamente.) No quiero que escriba usted nada.

DEDE.—Piénselo porque más tarde va a arrepentirse... Le aseguro que hasta con anunciarlo para que el padre se olvide de todo lo ocurrido...

ZE.—(Irritado.) ¡Ya le he dicho que no quiero que haga nada!

DEDE.—¡Está bien!... ¡Está bien!... ¡Quien va a salir perdiendo es usted y la poesía nacional!...

(El Maestro Coca baja la cuesta balanceándose. Se para en el almacén del Gallego. Es un mulato alto, musculoso y ágil.

Viste pantalones blancos "acampanados" y camiseta de malla.)

COCA.—¡Buenos días!

GALLE.—¡Hola!

DEDE.—Buenos días, Maestro Coca...

COCA.—¿Qué tal Dede?... (Al Gallego.) Una copa... (El Gallego sirve la cachaza. Se oyen unos truenos lejanos.) ...El día de Santa Bárbara siempre tiene que tronar un poco...

DEDE.—¿Estuvo en el puerto, Maestro?

COCA.—Sí... Descargué un barco holandés hasta la una y luego... me dije: a divertirse. Hoy es el día de Iansan y no se debe trabajar. Es un día de paseo y fiesta...

DEDE.—¿Tendremos capoeira?

COCA.—Más tarde... Más tarde lo celebraremos... Hoy voy a bailar con "Manoliño el de su madre... (Se da cuenta de la presencia de Ze.)

Me dijeron que estaba aquí un hombre que quería entrar en la Iglesia con una cruz, pero que el padre no le dejaba entrar...

GALLE.—Es ese de allí.

COCA.—¿El lugar de una cruz no está dentro de la Iglesia?

DEDE.—Sí. Pero parece ser que esta cruz era para Iansan y al padre no le gustó nada esa historia...

COCA.—¿Y cerró la puerta?

DEDE.—No se extrañe. El otro día me quiso prohibir que vendiera mis libros aquí.

COCA.—¿Por qué?

DEDE.—Dice que el "Romance de la mulata Esmeralda" es una indecencia... Habló de ello en un sermón... ¡Consiguió que las beatas cuando pasan por mi lado, me vuelvan la cara!... ¡Como si yo fuera el Diablo!

GALLE.—No me gustan los curas, pero este está haciendo un gran servicio... Consiguió que hoy aumentara mi "parroquia" y que me fotografiasen en la prensa...

DEDE.—Claro que si él quisiera, yo conseguía que el padre abriera la puerta al instante...

GALLE.—¡Deja al pobre hombre en paz!... Cuanto más tarde en entrar, mejor para todos.

DEDE.—Voy a darme una vuelta por el Mercado de Santa Bárbara.

COCA.—¡Huy!... Allí la fiesta empezó muy temprano... Hay capoeira, samba... ¡Está animadísimo!

DEDE.—¿Hay turistas?

COCA.—Sí... Ví unos cuantos gringos...

DEDE.—Entonces, voy corriendo...

(Sube la cuesta con los folletos bajo el brazo.)

ROSA.—(A ZE.) ¿Sabes qué hora es?... Las tres de la tarde... ¿No tienes hambre?

ZE.—No... Ve a comprarle cualquier cosa a aquella mujer...

(Sacó un billete del bolsillo. Rosa lo coge y se dirige a Miña Tía.)

TÍA.—¿Qué quiere, Iaia?

ROSA.—Cualquier cosa para matar el hambre.

TÍA.—Debes necesitarlo. ¿Desde cuando estás ahí?

ROSA.—Desde esta mañana temprano.

TÍA.—(Mirando a Ze con simpatía e incredulidad.)

El pobre parece un hombre tan bueno...

(En ese momento aparece el de la Secreta. Es el clásico policía; sombrero hasta los ojos. Manos en los bolsillos... Inspira más recelo, que respeto. A primera vista tanto puede ser un representante de la ley, como un fugitivo de la misma. Entra por la derecha y atraviesa la escena lentamente en dirección al almacén del Gallego. Al pasar al lado de Ze, lanza una mirada de curiosidad.)

SECRETARIA.—(Al Gallego.) Una doble...

(Mientras se la sirven mira a su alrededor como si buscara a alguien y consulta el reloj. Rosa entretanto estuvo escogiendo unos pastelillos de la bandeja de Miña Tía que se los envuelve en una hoja de plátano. Paga.)

TÍA.—Dígale que no se desanime... Iansan tiene mucho poder y le ayudará...

(Rosa rie. Lleva los pastelillos para Ze. Este los rechaza con un gesto. Por la derecha entra el Guardia con un periódico en la mano.)

GUARDIA.—¡Vean esto!... ¡Hemos salido en primera página con fotografía y todo!

(Muestra el periódico a Rosa que se le acerca rápidamente.)

ROSA.—¿Mi foto?

GUARD.—Sí... Yo también salí.

ROSA.—(Examinando la foto.) Está usted muy bien...

GUARD.—(Sonríe vanidoso.) Sí... no está mal... Voy a llevárselo a mi mujer...

ROSA.—Yo en cambio... salí muy mal... ¡Estoy horrible!... (Pone cara de desagrado.)

GUARD.—No haga caso... Las fotografías de los periódicos son siempre así...

(Ze cuya actitud para con Rosa es ahora de recalcada y contenida furia. Aunque parezca que él no tiene certeza de su infidelidad, instintivamente empieza a darse cuenta que ella está del otro bando. Del de aquellos que, por este o por aquel motivo, no le comprenden o fingen no comprenderle.)

ZE.—Bueno, ¿pero qué es lo que dice?

GUARD.—(Como si únicamente en ese momento se le ocurriera leer el reportaje.) Vamos a ver... (Lee.) "El Nuevo Mesías organiza la revolución"...

ZE.—¿La revolución? (Extrañadísimo.)

(Estira el cuello y lee por encima del hombro del Guardia.)

GUARD.—Sí, la revolución... Es lo que está escrito... (Continúa.) "Siete leguas cargado con una cruz, a favor de la reforma agraria y contra la explotación del hombre por el hombre..."

(Se miran uno a otro sin comprender nada.)

teigo impio...  
GUARD.—(Continúa la lectura.) ¿Quién será ese Ze del Burro?... ¿Un místico o un agitado?... El pueblo, le admiró con respeto por los caminos por donde pasó con una cruz, pero el Vicario lo expulsa del templo... ¡Sin embargo, Ze del Burro está dispuesto a luchar hasta el final! Me parece que su amigo no comprendió muy bien su caso. (Le mira con desconfianza.) ...¿O quizás fui yo el que no lo comprendió?... (Da el periódico a Ze.) Tenga. Puede leerlo, pero no lo pierda... (Inicia la salida.) Quiero llevárselo a mi mujer... (Sale.)

ROSA.—Ze, no me gusta todo esto.

ZE.—A mí tampoco.

ROSA.—No comprendí eso que han escrito en el periódico, pero algo me dice que no es nada bueno...

ZE.—(Sin esconder el resentimiento que guarda por ella.) Ya me avisó la Madre del Santo cuando fui al candomble a hacer la promesa que ésta debería ser muy grande... Seguramente, Santa Bárbara encontró que no era bastante lo que le prometí y se está cobrando el resto... (Mira a Rosa.) ...O me está castigando por haberle prometido tan poco...

ROSA.—Entonces, yo también estoy siendo castigada...

ZE.—O quizás me está haciendo pasar todo esto para probarme..., para ver si desisto de la promesa... Sí, debe de ser eso... Santa Bárbara me está tentando..., y hace un rato estuve a punto de caer en la tentación...

ROSA.—¿Cuándo?

ZE.—Cuando aquella mujer te dijo todo aquello... La sangre se me subió a la cabeza, y si me hubiera dejado llevar por la tentación, la hubiera matado a ella... o a él..., pero, al mismo tiempo, pensé que si lo hacía me llevarían preso y no podría cumplir la promesa... Eso me contuvo... Me aguanté sin pronunciar una sola palabra. Sí, estoy seguro..., debió ser una prueba... Todo esto es una prueba terrible...

ROSA.—(Aferrándose a una justificación para su propia falta.) Sí, Ze... Debe serlo... Es la única explicación posible para todo lo currido... Santa Bárbara me empleó a mí para ponerte a prueba...

ZE.—Sí, pero Santa Bárbara no lo hubiera hecho si no te conociera mejor que yo.

ROSA.—(Vehemente.) Yo sentí..., sentí que había una voluntad más fuerte que la mía que me empujaba... Y tú la ayudabas... Sí, tú también tienes culpa... Yo no quería ir, pero tú insistías..., insistías... No, no trato de disculparme, pero si todo fue obra de Santa Bárbara, ¿qué podría hacer yo?...

ZE.—Resistir la tentación como hice yo.

ROSA.—Era diferente... No era a mí a quien la Santa estaba poniendo a prueba... Era a ti... Y si ella es Santa... Si ella puede hacer milagros, también puede obligarme a hacer lo que no quiero... Como hizo... Puede meter el diablo dentro de mi cuerpo... como metió... Pero ya no volverá a ocurrir más, Ze... Incluso ahora

prueba divina...

ZE.—No. (Demasiado convencido.) Ese asunto lo discutiremos más tarde..., cuando estemos en casa (Lee el periódico.)

(El Bonitón aparece por la derecha y se dirige directamente al almacén del Gallego. Se aproxima al Secreta. Lleva un periódico bajo el brazo.)

BONITÓN.—(En voz baja.) Vino muy deprisa... (Al Gallego.) Una copa...

(El Gallego sirve.)

SECRETA.—(En voz baja también.) ¿Qué es lo que quieres hablar conmigo?... Si se trata de tu re- ingreso en el cuerpo...

BONI.—(Cortándole sonriente.) No, no..., nada de eso... No pienso volver... Me va demasiado bien en la vida civil...

SECRE.—Pues ten mucho cuidado... Tu ficha está al día...

BONI.—(Riendo.) ¡No puedo creerlo!... ¡Vaya!... Mira allí (Indica con la mirada a Ze.) En mis tiempos, ése ya estaba en el calabozo... (En otro tono.) ...¿Y, sin embargo, qué hicieron?... Me expulsaron.

SECRE.—¿Quién es?

BONI.—(Enseñándole el periódico.) ¡Toma, lee!... Ni siquiera leéis los periódicos y queréis estar al día en todo...

(El Secreta lee atentamente, lanzando de vez en cuando una mirada a Ze, como si estuviera comprobando lo que lee. El Bonitón deja un billete sobre el mostrador.)

SECRE.—¿Hablaste con él?

BONI.—Sí. Es un hombre peligroso. Se hace pasar por un ángel de procesión, pero por algo el Padre le cerró la iglesia y juró que no entraría en ella...

SECRE.—La cosa es fea.

BONI.—Yo, en tu caso, le ponía a la sombra por unos días...

SECRE.—No... Eso no puedo hacerlo. He de investigar primero y después comunicarle lo que haya averiguado al Comisario...

BONI.—¡Bah!... No sabéis trabajar... ¡Llévatelo cuanto antes!

SECRE.—¿Por qué?... No está haciendo nada malo...

BONI.—¿Cómo no?... Agitación social, ¿te parece poco?

SECRE.—Ven conmigo.

BONI.—(Iniciando la marcha.) Te va a contar la historia del burro, pero no te creas una palabra.

GALLE.—(Al maestro Coca.) ¡La policía quiere detener al pobrecillo!...

COCA.—¡Eso no está bien!... ¡Hacer una promesa no es ningún crimen!...

(Ze recibe al Secreta y al Bonitón con desconfianza. Rosa se muestra violenta en presencia del Bonitón. Este le presenta.)

BONI.—Aquí un amigo... Quiere hablar con ustedes... para ayudarles...

SECRETA.—¿Qué tal?

ZE.—(En cuyo interior una sublevación de propor-

dar!... Ayudar... Todo el mundo me quiere ayudar...

(Arrebata el periódico de las manos de Rosa y lo hace pedazos.)

ROSA.—(Asustada.) ¡Ze, no hagas eso!... ¡Es del Guardia y pidió que se lo guardáramos!

ZE.—¡El Guardia también me quiere ayudar!... (Repite como obsesionado.) Todos, todos quieren ayudarme... (Su mirada empieza a ser la de una fiera acosada. Se dirige al Bonitón.) ...Todos...

SECRE.—¿Sabe, amigo, que sus ideas son muy peligrosas?

ZE.—¿Peligrosas?...

SECRE.—No debía haber dicho todo eso al periódico y mucho menos aquí, en la plaza pública... Puede causarle muchas molestias...

ZE.—¿Más de las que ya tuve que soportar?

SECRE.—Por mucho menos he visto a mucha gente ir a parar al calabozo...

ROSA.—¿Al calabozo?

SECRE.—Le estoy avisando como un buen amigo...

ZE.—¡Amigo!... Sí, estoy rodeado de amigos por todos los lados... Por todos... Todos quieren ayudarme, ser mis amigos... Unos más que otros, pero todos..., todos quieren ayudarme...

SECRE.—Es usted un revolucionario...

ZE.—No lo era, no..., pero me estoy volviendo...

SECRE.—¿Y por eso está aquí desde esta madrugada?

ZE.—¡¡¡Sí!!! (Explotando.) ...Y no pienso irme de aquí hasta que todos me entiendan... ¡Todo el mundo ha de entenderme!...

SECRE.—¿Y cómo pretende conseguirlo?

ZE.—No lo sé..., pero tiene que existir un medio..., tiene que haberlo (Desesperado.) ¡Me dan ganas de arrojar una bomba y hacer explotar todo...!

(Inicia un gesto como si realmente tirara una bomba contra la iglesia, pero el brazo se le inmoviliza en el aire. Se da cuenta de la herejía que iba a cometer y deja caer el brazo levantando los ojos al cielo.)

ZE.—¡Que Dios me perdone!... Ya no sé lo que me hago ni lo que digo... (El Secreta y el Bonitón intercambian significativas miradas. Ze avanza dos o tres pasos en dirección a la iglesia. Se aparta del grupo y grita con toda la fuerza de sus pulmones...) ¡Padre!... ¡Padre!... (Dede baja a la cuesta y asiste a la escena.) ...¡Padre!... ¡Anduve siete leguas para llegar hasta aquí!... ¡Dios es testigo de ello!... ¡Aún no comí nada y no pienso volver a comer hasta que me abran la puerta!... ¡Un día..., dos..., un mes..., me da lo mismo!... ¡Pienso morir de hambre a la puerta de su iglesia, Padre!... (El Gallego sale de su almacén y se para en medio de la plaza. En la cuesta aparecen los tocadores de Berimbau (1) con los instrumentos. Se colocan al lado del maestro Coca, su jefe, y observan. Ze continúa gritando como poseído...) Padre, es preciso que me escuche... ¡Padre, escúcheme, por el amor de Dios se lo pido!

y aparece el Padre Olavo. El Sacristán, tras él, muy asustado. Gran silencio. El Padre avanza hasta el borde de la escalinata.)

PADRE.—¿Qué pretendes con esos gritos?... ¿Des- honrar esta casa, que es la de Dios?

ZE.—No, Padre... Únicamente quiero recordarle que aún estoy aquí con mi cruz...

PADRE.—Ya lo veo... Y esa insistencia me demues- tra lo apartado que estás de la iglesia.

ZE.—Está bien, Padre. Si así fuera, Dios me casti- garía y no sería culpa suya...

PADRE.—Si lo sería. Soy un sacerdote y debo ve- lar por la Gloria del Señor y por la felicidad de los hombres...

ZE.—Pues a mí, Padre..., me está haciendo tan in- feliz..., tan infeliz...

PADRE.—(Conmovido por el grito de sinceridad de Ze.) No... Estoy defendiendo tu felicidad, impi- diendo que te pierdas por los senderos de la brujería...

ROSA.—No, Padre... Eso no...

PADRE.—¿Por qué no?

ROSA.—Porque yo le conozco muy bien y le juro que es un buen hombre... Hasta hoy su única preocupación ha sido hacer el bien... El es ex- cesivamente bueno... Nunca hizo daño a na- die... Es capaz de repartir todo lo que es suyo con los demás... Incluso de dejar de comer para darle de comer a un burro... Le aseguro que es un hombre bueno.

PADRE.—¿Y cómo puedes asegurarlo?

ROSA.—Soy su mujer... Vivo hace ocho años con él... Como en su mesa y duermo en su misma cama...

PADRE.—Eso no quiere decir nada...

ROSA.—(Con más vehemencia cada vez.) ¿Cómo que no?

(Entra el Guardia por la derecha y se para en el centro de la plaza.)

(El Padre levanta el dedo, amenazador.)

(En ese momento aparece Monseñor. El Padre está en el auge de su terrible cólera mística. Al ver a Monseñor, su brazo se in- moviliza en el aire como si estuviera ante una aparición sobrenatural.)

PADRE.—¡Monseñor! (Humilde.)

SAC.—¡Monseñor Otaviano!

PADRE.—(A toda plaza.) ¡Abra paso a Monseñor!

(Todos obedecen y se inclinan respetuosa- mente. Monseñor avanza hacia la iglesia. Al pasar ante Ze, éste cae a sus pies y le besa la mano.)

MONSEÑOR.—(Paternal y magnánimo.) Ya lo sé, hijo... Ya lo sé todo... Estoy tratando de solu- cionar tu caso...

(Entra en la iglesia seguido por dos semi- naristas, el Padre y el Sacristán. Se cierran las puertas.)

GUARD.—¡Monseñor Otaviano!... ¡Debe haberle en- viado el Señor Arzobispo!...

le vio llegar?

DEDE.—Estoy seguro que el Señor Arzobispo le envió para que le diera un buen tirón de orejas al Padre.

TÍA.—¡Y le estará bien empleado!

GALLE.—¡No estoy de acuerdo!... Si dejan entrar a ese hombre en la iglesia perjudicarán nuestro negocio...

ZE.—(Con esperanza.) ¿Será posible?... ¿Será posible que el Señor Arzobispo se haya enterado ya...?

GUARD.—¡Naturalmente!... Ya lo sabe toda la ciudad... Hasta lo han dado por la radio...

COCA.—Desde la ciudad Alta hasta la Baja no se habla de otra cosa...

ZE.—¿Y vino hasta aquí por mi causa?...

ROSA.—Seguramente a traer alguna orden... ¡Una orden del Señor Arzobispo!...

TÍA.—Ya le dije que Iansan tiene mucho poder... Ya verán como ahora entra... ¡Vaya si entra!...

ZE.—¡Yo estaba seguro de que Santa Bárbara no me iba a desamparar!

(Se vuelve a abrir la puerta de la iglesia y surgen Monseñor y el Padre, seguidos por el Sacristán y los Seminaristas. Se hace un gran silencio. Todos esperan ansiosos.)

MONSEÑOR.—Vine aquí a petición de Monseñor Arzobispo. Su Excelencia está muy preocupado con el volumen que está adquiriendo este incidente y me encargó, personalmente, que lo resolviera.

ZE.—(Le interrumpe.) Monseñor, yo soy católico... No entiendo mucho de lo que está hablando, pero querría que Monseñor supiera que yo soy católico... Es posible que me haya equivocado en algo, pero soy católico...

MONSE.—Muy bien, en ese caso, hijo mío, vamos a darte una oportunidad.

MONSE.—Abjura de la promesa que hiciste. Abandona esa cruz y ven, tú solo, a pedir perdón a Dios.

ZE.—(Al que se le plantea un terrible problema de conciencia.) ¿Monseñor, cree que yo debería hacer eso...?

MONSE.—La Iglesia Católica nos concede a nosotros, sus sacerdotes, el derecho de mudar una promesa por otra.

ROSA.—(Incitándole a ceder.) Ze..., tal vez fuera lo mejor...

ZE.—(Angustiado.) ...Pero, Rosa..., si hago eso... faltaré a mi promesa..., ya sea con Iansan o con Santa Bárbara..., faltaré a ella...

MONSE.—Con la autoridad de que estoy investido, ya te dije que te eximo de esa promesa y puedes venir a hacer otra...

PADRE.—Monseñor está dando una gran prueba de tolerancia cristiana. Ahora sólo resta que tú eli-

intransigencia.

ZE.—(Pausa.) Monseñor me exime de mi promesa... Pero no fue a Monseñor a quien se la hice..., fue a Santa Bárbara... ¿Y quién me garantiza que como castigo, cuando vuelva a mi casa, no voy a encontrar a mi burro muerto?... MONSE.—Decidete, hijo... ¿Reniegas o no reniegas?

TÍA.—(Gritando.) ¡Eparrei!... ¡Maleme para él, madrecita! (1).

COCA.—¡Maleme!...

(Todos los del Berimbáu dan el grito también.)

ZE.—(Desesperado.) ¡No, no puedo hacer eso!... ¡No puedo arriesgar la vida de mi burro!...

MONSE.—(Tras una pausa.) En ese caso, hijo mío, (Atraviesa la plaza y sale.)

ZE.—(Corriendo tras Monseñor.) ¡Monseñor!... ¡Monseñor, déjeme que le explique!... ¡Déjeme que le explique, Monseñor!...

(Ya en el colmo de la desesperación.)

(Ze, súbitamente fuera de sí, corre hacia la cruz, la levanta en los brazos como si fuera un ariete y grita):

ZE.—¡Padre!... ¡Por Santa Bárbara o por Satanás voy a colocar esta cruz dentro de la iglesia, cueste lo que cueste!...

PADRE.—(Ante la decisión que ve impresa en el rostro de Ze, retrocede asustado.) ¡Ahí tenéis la prueba!... ¡Ningún católico se atrevería a amenazar con invadir la casa de Dios!... ¡Guardia, prenda a ese hombre!...

(Ante la embestida de Ze del Burro, que corre con la cruz en alto hacia la iglesia, da media vuelta seguido del Sacristán y entra, cerrando la puerta en el mismo momento en que Ze empieza a subir los escalones. Este es un momento de suprema desesperación. Arroja la cruz con todas sus fuerzas contra la puerta. La cruz cae sobre la escalinata con un ruido terrible. Ze se derrumba sobre uno de los escalones y esconde el rostro entre las manos.)

COCA.—(A los tocadores de Berimbáu.) Esperadme aquí. Voy a llamar a los otros...

(Sale corriendo por la cuesta.)

BONI.—(Al Secreto.) ¿A qué esperas?... ¿Aún no estás convencido?

SECRE.—(Afirmando con la cabeza.) Esperadme aquí...

(Sale por la derecha.)

ROSA.—(Que oyó las palabras cruzadas entre el Secreto y el Bonitón.) ¿Qué es lo que tiene que esperar?... ¿Quién es ese hombre?

BONI.—Un amigo de secreto...

ROSA.—(Que empieza a comprender.) ¿Un policía?... ¿Usted?... ¿Usted le denunció a la policía?...

BONI.—(Dentro de pura le veras libre de ese pobre idiota.

ROSA.—(Horrorizada ante la idea de la traición.) No... Usted no debía haber hecho eso... No debía haberlo hecho...

BONI.—Lo hice por su bien...; bueno, por nuestro bien...

ROSA.—(Angustiada ante el conflicto que se le plantea.) No..., no... ¡Así no!... ¡Yo no quería que fuera así!...

BONI.—¡Ahora ya está hecho!...

(Rosa lucha consigo misma. Por un lado, su noción de la lealtad engendra en ella

UNA REPASION MISMATA CONTRA LA CRUCACION

### TERCER ACTO

Atardecer. La plaza está llena de gente. En la escalinata, Ze del Burro y Rosa. El Gallego, en el almacén. Frente a éste, un grupo de Capoeira. Dos tocadores de Berimbau, uno de pandeiro y otro de recoreco, están sentados en un banco.

El resto forman un círculo, en el centro del cual están Maestro Coca y "Manolito el de su Madre". Dede forma parte de los componentes del círculo. Únicamente Miña Tía no está en escena.

Tocan los Berimbaus, y Rosa, dominada por la curiosidad, se acerca al círculo.

### CANCION Y BAILE DE CAPOEIRA (1)

(Maestro Coca y Manolito bailan, mientras los demás cantan y tocan los instrumentos.)

DEDE.—(Animando.) ¡Vamos, Maestro Coca, dale!

UNA VOZ.—¡Muy bien, Manolito!

OTRA.—¡Así se juega!

(Animados por las voces, prosiguen el baile y la canción cada vez con más ritmo. Rosa, atemorizada y nerviosa, se aleja del grupo. Se dirige hacia la cuesta y mira hacia lo alto ansiosamente, como si estuviera esperando a alguien. Luego vuelve al lado de su marido. Sigue el baile ahora más lento, para al cabo de un momento reemprender su ritmo endiablado. Todos cantan (2). En ese momento aparece Miña Tía en lo alto de la cuesta y canta sonoramente):

MIÑA TÍA.—¡Oia... El Ca-ru-ru!... ¡Ca-ru-ru de Santa Bárbara!

(Cesa el canto y el acompañamiento de música. Todos dejan de bailar. El círculo se deshace alegremente. Todos rodean a Miña Tía, que va a instalar su bandeja en el lugar de costumbre, ayudada por los del grupo de la Capoeira. Únicamente los músicos continúan en su banco. Maestro Coca se dirige al almacén del Gallego. Rosa permanece al lado de su marido demostrando su nerviosismo y una ansiedad creciente.)

DEDE.—El primer cu-ru-ru, para mí, Miña Tía...

una repasión misma contra la crucación. por otro, su ansia de libertad, de posible realización como mujer, que el Bonitón ha sabido despertar en ella. Entre tanto, Ze del Burro, en los escalones, sufre una crisis nerviosa. Solloza convulsivamente. Los tocadores de Berimbáu hacen sonar las cuerdas de sus instrumentos... Las luces se apagan lentamente mientras cae el

T E L O N

FIN DEL ACTO SEGUNDO

(Miña Tía llena un plato y lo coloca a un lado en el suelo.) ¿Ese para quién es?

TÍA.—Para la Santa. (Llena otro plato y se lo da a Dede.) Este es para ti. (Dede recibe el plato y se dirige al almacén.)

COCA.—(Sacando un billete y colocándolo sobre el mostrador.) ...Yo apuesto cien.

GALLE.—(Colocando otro billete sobre el del Maestro Coca.) ¡De acuerdo!

COCA.—¿En manos de quién ponemos el dinero?... (Dede se acerca.) ¿De Dede?

DEDE.—Ah, que yo también quiero entrar en la apuesta.

COCA.—El Gallego dice que el Padre no dejará entrar al hombre y yo le digo que acabará entrando, hoy mismo, con cruz y todo.

GALLE.—Ni hablar. Conozco bien al Padre... No deja entrar a ninguna mujer con traje descotado en la iglesia. Con estos ojos vi un día cómo paraba la misa hasta que se retirara una turista americana que iba con pantalones.

DEDE.—Pues yo digo que el hombre acabará entrando, pero no hoy, sino mañana. El Padre quiere humillarlo un poco, pero luego tendrá miedo de que vaya a quejarse a Santa Bárbara y abrirá la puerta.

GALLE.—Ustedes no saben nada de nada. ¡El no hizo la promesa a Santa Bárbara, sino a Iansan en un candoble!...

COCA.—¿Y eso qué tiene que ver?

GALLE.—Mucho, porque el candoble es candoble y la iglesia es iglesia...

COCA.—Pero veamos, ¿la Santa no es la misma?

DEDE.—No. El Gallego tiene razón. No importa que la Santa sea la misma, lo que ocurre es que

re defender su negocio.

COCA.—Pues no adelanta nada, porque Iansan tiene mucho poder y verán cómo el hombre conseguirá entrar.

GALLE.—Ni Iansan ni todos los Santos del candoble juntos lo podrán conseguir.

DEDE.—Ya verá como mañana entra... *(En tono misterioso.)* Y no se admiren nada si soy yo el que lo consigo...

GALLE.—¿Usted?

DEDE.—Sí, yo. "Dede el de la Rima".

COCA.—¿Y cómo?

DEDE.—Ah, ése es secreto profesional...

COCA.—Bueno, entonces quedamos que si él entra hoy, gana yo. Si entra mañana, gana usted, y si no entra, gana el Gallego.

DEDE.—De acuerdo.

COCA.—Saque cien cruceiros... *(Extiende la mano esperando.)*

DEDE.—*(Aguanta el plato con una mano y con la otra busca en el bolsillo.)* Aún no los tengo, pero se los daré esta noche...

COCA.—*(Desconfiado.)* ¡Nada de jugarretas, eh!... *(Entrega su dinero al gallego.)* Por si acaso, quede usted con el dinero, Gallego.

MANOLITO.—*(Acercándose a Maestro Coca.)* Es usted un as de la caoeira, Maestro Coca.

COCA.—¡Si tú lo dices!

MANOL.—Fui directamente al mercado porque me dijeron que se reunían allí, pero cuando llegué allí me dijeron que habían venido todos para aquí...

COCA.—Sí, por el hombre de la cruz.

MANOL.—Dicen que quiere cumplir promesa con Iansan...

UNO DE LA CAPOEIRA.—Quiere meter esa cruz dentro de la iglesia.

OTRO.—Ya lo han querido prender.

MANOL.—¿Por eso?

UNO.—¡Claro!

MANOL.—¡No pueden!...

COCA.—No pueden, ni lo harán... El pobre hombre no ha hecho nada malo.

DEDE.—*(Acercándose a Ze del Burro.)* Ya verá como mañana entra usted, amigo. Se lo garantiza Dede el de la Rima... Hoy pienso ir a casa a escribir la historia de ese Padre... Sé algunas cosillas de él..., y las que no sepa las invento... Mañana por la mañana vendré con una pizarra en la que estará escrito: "Comprentodos la historia del Padre que cerró la casa de Dios"... Ya verá si abre o no la puerta... O lo hace o... tendrá que soltarme algún dinerillo para que no publique mis versos...

*(Guiña un ojo y se aparta.)*

TÍA.—*(A Rosa.)* ¿No quiere un poco?

ROSA.—No.

TÍA.—Es ca-ru-ru de Santa Bárbara. Antiguamente acostumbraba a regalarlo, pero hoy, con lo caro que está todo, no tengo más remedio que cobrarlo...

GALLE.—*(Atraviesa la plaza con un plato de sandwiches. Se acerca a Ze.)* Pues yo no le cobro

re defender su negocio.

ZE.—¿Son para mí?

GALLE.—Sí. Bocadillos de jamón. Luego le traeré un cafetito.

ZE.—No, no. Gracias.

GALLE.—Puede aceptarlos sin remordimientos. Incluso podemos llegar a hacer un pacto. Usted me promete no moverse de aquí y yo me comprometo a facilitarle comida y bebida gratis para los dos...

ZE.—No tengo hambre.

GALLE.—*(Muy preocupado.)* Si sigue así, no podrá usted resistir.

ZE.—No importa.

GALLE.—*(Ofrece a Rosa.)* La señora no acepta uno.

ROSA.—No. Gracias.

GALLE.—*(Encogiéndose de hombros.)* ¡Qué se le va a hacer!

*(Vuelve a su almacén. Ze observa la tranquilidad evidente de Rosa, que durante todo este tiempo mira asustada hacia la cuesta o para la calle, esperando ver surgir de un momento a otro a la policía.)*

ZE.—¿Qué te pasa?

ROSA.—Nada. Me gustaría irme de aquí.

ZE.—¿Sola?

ROSA.—No. Contigo.

ZE.—*(Con intención.)* Creí que estabas harta de mí.

ROSA.—*(Nerviosa.)* De lo que estoy harta es de esta payasada. Estamos aquí haciendo los idiotas. ¡Todo el mundo se ríe de nosotros, Ze!... ¡Y los que no se rien se quieren aprovechar!... ¡Es mala gente!... Quieren hacernos daño... *(Le sacude por los hombros como si quisiera que volviera a la realidad.)* ¡Deja la cruz donde está, Ze, y vámonos para casa antes de que sea demasiado tarde!...

ZE.—¿De qué tienes miedo, Rosa?

ROSA.—De todo.

ZE.—¿No será de ti misma?

ROSA.—¡También!... ¡Pero ahora ya no soy yo quien corre peligro, sino tú!

ZE.—¿Qué peligro?

ROSA.—¿No lo ves?... ¿No lo sientes?... ¿No lo respiras?... ¡Es como si estuviera en el aire!... Y cada minuto que pasa aumenta más... *(Mira hacia todos lados como una fiera acosada.)* Esta plaza se va haciendo cada vez más pequeña..., como si estuvieran cerrando todas las salidas... *(Se vuelve hacia Ze con vehemencia.)* Vámonos, Ze, mientras estamos a tiempo...

ZE.—*(Desconfiado.)* ¿Qué te dio así de repente?...

ROSA.—No ha sido de repente... Desde que llegamos quise volverme... Quien se empeñó en quedarse fuiste tú... Por mí, hubieras dejado la cruz ahí y vuelto a casa por el mismo camino... *(Con intención.)* ...A estas horas ya estaríamos por la carretera, lejos de aquí, y nada hubiera ocurrido...

ZE.—¿Y tú crees que después de haber andado siete leguas iba a volverme sin cumplir la promesa?

ROSA.—Ya la pagaste, Ze... Tú no tienes la culpa de que existan muchas personas que se empe-

re defender su negocio.

gentes que incluso ven la figura del diablo en su propia sombra... *(Se entreabre la puerta de la iglesia y aparece la cabeza del Sacristán, que al ver a Ze del Burro vuelve a esconderla y cerrar la puerta.)* ¿Lo estás viendo?... El Padre le manda ver si aún estabas aquí... No abrirá la puerta hasta que nos hayamos ido... ¡Por el amor de Dios, Ze, vámonos!

ZE.—*(Reacciona con irritación, intentando combatir el deseo que siente de ceder.)* No, no puedo... Ya te dije que no puedo... No me iré hasta haber llevado la cruz dentro de la iglesia!...

*(El Secreto entra por la derecha y atraviesa la plaza en dirección al almacén del Gallego, observando disimuladamente a Ze del Burro. Rosa, al verlo, no consigue esconder su inquietud y le sigue con mirada temerosa.)*

SECRETA.—*(Al Gallego.)* Una copa...  
*(El Gallego le sirve.)*

ZE.—*(Notando la mirada de Rosa.)* ¿Qué tienes, Rosa?

ROSA.—Ese no es un amigo...

ZE.—¿Y qué nos importa?

ROSA.—Oí decir que es de la policía...

ZE.—No soy un criminal, no hice daño a nadie...

ROSA.—Precisamente por eso tengo miedo..., porque tú no eres capaz de hacer daño... y todos ellos lo saben...

*(Maestro Coca y Manolito se acercan al almacén y se apoyan en el mostrador al lado del Secreto.)*

GALLE.—¿Qué piensan hacer con ese pobre hombre?

SECRE.—Eso es cosa mía.

COCA.—¡Pero si no hizo nada!...

SECRE.—*(Lanzándole una mirada terrible.)* Será mejor que no se metan donde no les llaman...

*(Bebe la copa de un trago. Paga con una moneda y atraviesa la plaza con aire misterioso. Sale por la calle de la derecha. Maestro Coca y Manolito intercambian una mirada de solidaridad.)*

ROSA.—Vino únicamente para ver si aún estábamos aquí... Ze, vámonos antes de que vuelva...

ZE.—¡Déjate de tonterías!... No soy como esos niños que cuando juegan con fuego se mean en la cama...

*(Saca la navaja y se pone a cortar tabaco. La Marli entra por la derecha y atraviesa la escena lentamente con andar provocativo.)*

DEDE.—*(Refiriéndose a La Marli.)* ¡Buena mujer!... ¡Su único defecto es que se casó con la Humanidad!

*(Maestro Coca ríe.)*

re defender su negocio.

aquí al Bonitón?

CALLE.—Sí, ya estuvo hoy varias veces...

MARLI.—*(Refiriéndose a Rosa.)* Ya lo sé..., y también conozco el motivo...

CALLE.—¿La fiesta de Iansan?

MARLI.—No se trata precisamente de Iansan, pero le ha picado otra Santa...

ROSA.—*(A Ze.)* Voy allí un momento. Necesito hablar con aquella mujer...

ZE.—¿Qué más cosas tienes que hablar con ella!... ¿No te basta la vergüenza que te hizo pasar antes?

ROSA.—Necesito hablar con ella, Ze. ¡Lo necesito! *(Se acerca al almacén. Ze la sigue con una mirada de profunda desilusión. Rosa a la Marli.)* Necesito hablar con usted.

MARLI.—*(Hostil y extrañada.)* ¿Conmigo?

ROSA.—Mejor dicho, con él... Con el Bonitón... ¿Dónde está?

MARLI.— ¡Sinvergüenza!... ¡Se acuesta con mi hombre y encima aún tiene el descaro de venir a pedirme que le diga dónde está!... ¿Es que no tiene bastante con el suyo que necesita también al mío?...

ROSA.—No lo necesito para nada... Sólo quiero hablar con él para evitar una desgracia.

MARLI.—*(Amenazadora.)* ¡Si es verdad eso de que quiere evitar una desgracia, será mejor que le deje usted en paz!

ROSA.—¡Pero es que tengo que hablar con él!... ¡Le juro que es un asunto muy importante!

MARLI.—¡Esa no me la trago!... ¡Puede engañar al calzonazos de su marido, pero a mí, a la Marli, no!

ROSA.—¿Dónde vive?

MARLI.—¡Conmigo!

ROSA.—Mentira... Sé que vive en un hotel...

MARLI.—Pues atrévete a ir, rica, y verás lo que te ocurre...

ROSA.—*(Reaccionando.)* Déjese de amenazas... ¡No la tengo miedo!

MARLI.—¡Ni yo a ti, zorra!

*(Las dos mujeres se miran, desafiándose, y están a punto de atacarse, cuando Ze, que lo oyó todo, se acerca.)*

ZE.—Rosa, ¿has perdido la cabeza?... ¿No sabes ponerte en tu lugar?... Discutir en medio de la calle con una...

*(Completa la frase con un gesto de desprecio.)*

MARLI.—*(Descarada.)* ¿Con una qué?... Vamos a ver, dígame, ¿una qué?... ¡So beato, calzonazos!... ¡Su mujer se acuesta con el hombre de una y él se queda ahí, tan tranquilo, agarrado a su cruz!... ¿Es que también eso forma parte de su promesa, bragazas?

ROSA.—¡Cállese!... ¡No se meta con él!... El no tiene nada que ver con todo esto...

MARLI.—¿No?... ¿Es que no es su marido?

ROSA.—Sí lo es, pero no debe rebajarse a hablar con usted.

MARLI.—*(Midiendo a Ze con una mirada de profundo desprecio.)* ¡Manso cornudo!...

*Una meata vuelta y sube la cuesta. El Gallego suelta una carcajada que corta rápidamente ante la mirada amenazadora de Ze del Burro, que con un gesto instintivo levanta la navaja con la que estaba cortando el tabaco.)*

ROSA.—¡Ze!

GALLE.—(Intimidado.) ¡Perdone!... No se les puede dar confianza a esas mujeres...

ZE.—(A Rosa, en un tono que revela su profunda desilusión y la decisión de no dejarse insultar más.) Esta noche nos vamos.

ROSA.—¿Y por qué no ahora?

ZE.—Dejaremos acabar el día de Santa Bárbara.

ROSA.—Ze, esta noche tal vez sea demasiado tarde.

ZE.—Tarde ¿para qué?

ROSA.—Para poder irnos.

ZE.—¿Qué es lo que aún tenías que hablar con aquel sujeto?

ROSA.—Pedirle que te dejara en paz.

ZE.—¿A mí?

ROSA.—Sí. El te denunció a la policía.

ZE.—Yo soy un hombre de bien. Nunca tuve nada que ver con la policía.

ROSA.—Lo sé. Pero ellos siempre tuercen las cosas..., lo complican todo... (Angustiada.) ¡Ze, escúchame, por favor! Vámonos ahora mismo..., en este instante...

*(El Repórter y el Fotógrafo aparecen por la derecha, a tiempo de oír la última frase de Rosa.)*

REPÓRTER.—¿Eh, qué es eso?... ¿Están pensando en largarse?

ZE.—(Hostil.) Me iré cuando me dé la gana. No tengo por qué darle cuentas a nadie...

*(Se vuelve de espaldas al Repórter y va hacia la cruz. El Fotógrafo habla con los componentes de la Capoeira y sale seguido por Maestro Coca y dos o tres más.)*

REPÓR.—¿No hablaban en serio, verdad?... Espero que cumplirán lo prometido. Mi periódico está cumpliendo con ustedes. Ya tomé todas las medidas para que su estancia aquí, hasta el lunes, sea lo más cómoda posible...

ROSA.—¿Cómo?

*(En ese momento entran los de la Capoeira trayendo una tienda de campaña ya armada y un camastro. La tienda tiene un letrero muy visible que dice: "Oferta de la Casa de las Lonas." El camastro, otro: "Por amabilidad de El Sueño Azul." Con gran asombro de Ze y Rosa, colocan la tienda en el centro de la plaza y el camastro dentro de ella.)*

REPÓR.—Nuestros clientes se ofrecieron inmediatamente a colaborar con nosotros.

*(Entra el Fotógrafo con una mesita y una radio de pilas que coloca también dentro de la tienda.)*

ZE.—(Sorprendido.) ¿Todas esas cosas son para nosotros?

REPÓR.—Naturalmente... Pensamos que un poco de confort durante estos días no mermaría en nada el valor de su promesa. Además, el lunes, después de su entrada triunfal en la iglesia, recorrerá usted la ciudad en coche descubierto, acompañado de una numerosa escolta, hasta nuestra redacción y de allí al Gobierno Civil, donde será recibido por el propio Gobernador... (Ze va a decir algo, pero le interrumpe.) Sí, ya sé lo que me va a decir: que si el Vicario de Santa Bárbara no le deja entrar en su iglesia, el Gobernador también le dará con la puerta en las narices... ¡No se preocupe de eso!... Ya hemos estado tocando ciertas teclas, y si usted dijera unas palabras a favor del candidato oficial en las próximas elecciones, todo estará solucionado.

ROSA.—Por favor, llévense todo eso de ahí... Nosotros nos vamos.

REPÓR.—¿Que se van ustedes?... No, no, eso no puede ser... Sería una catástrofe para mí... El periódico ya ha hecho muchos gastos... Compramos cohetes y contratamos una banda de música para su regreso a...

ROSA.—Que será ahora mismo...

REPÓR.—¿Ahora?... ¡Entonces no nos dará tiempo!... No está nada preparado aún... Usted se cree que es tan fácil arreglar una cosa de esas... Lo fácil es coger una cruz, cargársela a las espaldas y andar con ella siete leguas... Un periódico es una cosa muy complicada... Se deben movilizar todas las secciones para que se ocupen de uno... Y ya sabe que mañana es domingo y no hay periódico...

ROSA.—(Irritadísima.) ¡Y a mí qué me importa!... ¡Al diablo usted y su periódico!... Lo que yo estoy deseando es irme de aquí... lejos..., muy lejos... Ze tiene razón. Todos ustedes nos quieren ayudar, ayudar, ayudar..., pero a lo que ayudan es a hundirnos cada vez más...

REPÓR.—Necesita acaso alguna ayuda especial...

ROSA.—Sí. La policía anda rondando la plaza.

REPÓR.—¿La policía?

ROSA.—Uno de la secreta. Quieren llevarse a Ze preso.

REPÓR.—¿Por qué?

ROSA.—(Piensa un poco.) Quizás porque es demasiado bueno... y los demás no lo son...

REPÓR.—¡Hum!... Ya me parecía a mí que detrás de esa historia del burro y de la promesa se escondía algo... Una intención oculta..., un objetivo político... La policía, naturalmente, también lo ha sospechado y...

ROSA.—El no tiene más intención que pagar su promesa...

REPÓR.—¿Qué va usted a decir! ¡Lo mismo que él, claro!... Pero sea como sea, ya saben que pueden contar conmigo y con mi periódico para todo. Si le llegaran a detener le dedicaríamos la primera página con unos titulares enormes... ¡Sería maravilloso para él!

ROSA.—¿Maravilloso?... ¿Maravilloso que le llevarán preso?

REPÓR.—Todo líder tiene la obligación de ser detenido por lo menos una vez en la vida.

ROSA.—¿Líder?... ¡Creo que está usted loco!... Usted y todos. Ese Padre, la policía, todos... se han vuelto locos y yo también voy a volverme si no me ando con cuidado...

*(Mira ansiosamente hacia lo alto de la cuesta.)*

REPÓR.—Estate preparado, porque quizás dentro de un momento va a armarse aquí una buena...

*(Rosa angustiada vuelve al lado de su marido.)*

ROSA.—Desiste de una vez, Ze y vámonos...

ZE.—Por que no te sientas a mi lado y esperas tranquilamente que llegue la hora de irnos...

ROSA.—(Sentándose en el escalón.) Tienes razón... Ahora ya, lo único que podemos hacer es esperar.

DEDE.—(Acercándose a ellos con sus folletos.) Y mientras esperan, pueden aprovechar el tiempo, mejorando su cultura. "El Romance de la Mulata Esmeralda", modestia aparte, es una auténtica joya de la literatura brasileña. Por diez cruzeiros podrán leer los versos más inspirados que jamás mulata alguna inspiró a un poeta... (Ze mueve negativamente la cabeza. Dede se dirige a Miña Tía.) Miña Tía, la poesía está de baja. Lo que está de alta es el ca-ru-ru...

*(Se acerca al grupo de la capoeira. Ze sube un escalón o dos y mira furioso hacia la puerta que permanece cerrada.)*

TÍA.—(A Ze.) No se desanime, muchacho... Hoy es el día de Iansan, la mujer de Xango... Señora de los rayos y de las tempestades. Luego, más tarde, en el candomble, ella descenderá montada en sus caballos... Vaya a hablar con ella, muchacho y pídale protección. Verá como todas las puertas se le abren... (Se oyen truenos más fuertes que la vez anterior.) ¡Oia! ¡Oia!... (Apunta para el cielo.) ¡Iansan está hablando!... (Se agacha y toca el suelo con la punta de los dedos, después la cabeza y saluda a Iansan.) ¡Eparrei!... ¡Eparrei!... ¡Madrecita, eparrei!

*(En ese momento por la cuesta aparece El Bonitón. Rosa se levanta como movida por un resorte. Ze del Burro con los ojos fijos en la puerta no le ve. No ve tampoco que las miradas de Rosa y El Bonitón se cruzan de un extremo a otro de la plaza. El, desde la cuesta, le hace un gesto a ella invitándola a seguirle. Rosa duda. Está en un terrible dilema. Mira alternativamente a Ze y al Bonitón. Este la espera seguro de que acabará por ir a su encuentro. Miña Tía, El Gallego y Dede se dan cuenta de lo que ocurre y esperan atentos. Viendo que Rosa no se decide, El Bonitón se encoge de hombros, sonríe y saluda a todos con un gesto de despedida. Inicia la*

*subida, pero después de dar dos o tres pasos, se para, fuera ya del ángulo visual de Rosa y Ze. Ella como atraída por un imán, inicia la acción de seguirlo, pero en ese momento Ze se vuelve.)*

ZE.—¿A dónde vas, Rosa?

ROSSA.—(Parándose.) Ahí. En seguida vuelvo.

ZE.—¿Dónde es ahí?

ROSA.—Al hotel donde pasé la noche. Me olvidé el pañuelo... (Avanza más en dirección a la cuesta.)

ZE.—¡Rosa!

ROSA.—(Parándose ya junto a la cuesta. Ve al Bonitón que la espera.) ¿Qué quieres?

ZE.—(En un tono que es casi una súplica.) ¡Olvidate de ese pañuelo!

ROSA.—(Dudando.) No puedo, Ze. ¡Lo necesito!

ZE.—¡Te compraré otro, Rosa!...

ROSA.—No, Ze... Me gusta aquel...

*(Sube la cuesta. El Bonitón le agurra por la cintura y los dos desaparecen. El Gallego y Dede intercambian miradas significativas. Dede canturrea una cancioncilla. La campana de la iglesia toca el Angelus. La Beata surge en lo alto de la cuesta, apresurada como siempre. Al pasar cerca del grupo de la Capoeira, que está nuevamente en movimiento, adopta un aire de reproche e indignación.)*

BEATA.—¿Qué falta de respeto!... Bailar eso delante de una Iglesia!... ¡El mundo está completamente perdido!...

TÍA.—(Ofreciendo.) ¿Ca-ru-ru, Iaia?

BEATA.—¿Qué dice? (Parándose a su lado.)

TÍA.—Ca-ru-ru de Iansan...

BEATA.—(Como si oyera el nombre del diablo.) ¿Iansan?... ¿Qué tengo yo que ver con Iansan?... ¡Yo soy católica, apostólica y romana... No creo en brujerías!

TÍA.—Disculpe, Iaia, pero Iansan y Santa Bárbara son una misma persona.

BEATA.—¡No señora!... Santa Bárbara es una Santa y Iansan es... es una cosa del candomble... (Se santigua.) ¡Que Dios me perdone!...

*(Sale. El coro repite la cancioncilla de Dede. Entra corriendo el Maestro Coca.)*

COCA.—(A Ze.) ¡Lárguese, amigo!... ¡Le están preparando una trampa!

ZE.—¿Qué dice?

COCA.—Acaba de llegar un coche de la policía... Están hablando con el Padre en la sacristía...

TÍA.—¿Vienen por él?

COCA.—¡Por quién iba a ser!

ZE.—¡Pero yo no robé, ni maté a nadie!

DEDE.—¿Quiere un consejo?... Se lo digo por experiencia propia: Con la policía es mejor huir que discutir.

COCA.—Váyase corriendo. Nosotros les entretendremos hasta que haya usted tenido tiempo de alejarse...

ZE.—No, no puedo huir como un criminal... Tengo mi conciencia tranquila...

DEDE.—No quiere separarse de su cruz.

COCA.—Nosotros la esconderemos.

IA.—¡ por la noche la llevaremos a Iansan.  
COCA.—¡Eso y todos le acompañaremos!... Todos los presentes y todos los capoeiras de Bahía.  
TÍA.—Iansan y Santa Bárbara son la misma persona, hijo. En el candomble, te enseñaré la imagen de la Santa y verás como es la misma.  
COCA.—Amigo, debe decidirse rápidamente antes de que sea demasiado tarde.  
ZE.—(Mueve la cabeza de un lado para otro. Se siente perdido y abandonado.) ¡Santa Bárbara me abandonó!... Por qué, Dios mío... ¡No lo sé!... No lo sé, pero me abandonó...  
ROSA.—(Baja corriendo la cuesta.) ¡Ze!... ¡Ya no se puede hacer nada... Es demasiado tarde. La policía ya está ahí... ¡Van a cercar la plaza!  
COCA.—¿No se lo dije?  
DEDE.—¡Debe darse prisa, amigo!...  
TÍA.—Lárguese, hijo, lárguese...  
ROSA.—¡Vamos, Ze!...  
ZE.—¡Rosa, Santa Bárbara me abandonó!... ¡Santa Bárbara me abandonó!...  
ROSA.—Si ella te abandonó, abandona tú también la promesa. ¿Quién sabe si no es que ella no quiere que cumplas lo prometido?  
ZE.—No... no... aunque ella me haya abandonado... yo necesito ir hasta el fin... aunque ya no sea por ella... aunque sólo sea para estar en paz conmigo mismo...  
*(De repente se abre la puerta de la Iglesia y aparecen El Comisario, El Secreta, El Guardia, El Padre y el Sacristán.)*  
SECRE.—(Apuntando a Ze con el dedo.) Es ese de ahí.  
*(Avanza hacia él seguido por El Comisario y El Guardia.)*  
GUAR.—(Disculpándose.) Yo me cansé de pedirle que se fuera, señor Comisario, pero en vano. No conseguí nada.  
COMISA.—(Hace callar al Guardia con gesto autoritario.) ...Sus documentos.  
ZE.—(Extrañado.) ¿Mis documentos?  
COMISA.—Sí. La tarjeta de identidad...  
ZE.—No la tengo aquí...  
COMISA.—Entonces otro documento cualquiera...  
ZE.—Yo vine aquí únicamente a cumplir una promesa. La Santa me conoce, por eso no traje la tarjeta de identidad...  
COMISA.—(Sonriendo irónico.) Pagar una promesa... ¿Cree que somos idiotas?  
SECRE.—Ya verá como ahora le larga la historia del burro...  
COMISA.—Va a contarla, pero será en la Comisaría. Vamos, acompáñeme.  
ZE.—(Su mirada va del Comisario al Secretario y al Guardia, sin comprender nada de lo que ocurre.) ¿Acompañarle, para qué?  
COMISA.—Eso ya lo sabrá luego... Soy el Comisario del Distrito, Obedezca.

ZE.—No... puedo... No puedo irme... de aquí...  
COMISA.—¿Por qué?  
ROSA.—La promesa, señor Comisario... El es creyente.  
COMISA.—El Padre dice que amenazó con invadir la Iglesia. Nos ha pedido protección.  
SECRE.—Yo mismo le oí decir que iba a tirar una bomba. Todos los presentes fueron testigos de que lo dijo.  
COMISA.—Así que una bomba, ¿eh?... Bueno, vamos a la Comisaría. Quiero que me explique con calma todo eso.  
SECRE.—Vamos. (Agarra a Ze por un brazo, pero éste se suelta.) ¿Qué es eso?... ¿Piensa oponer resistencia?  
GUAR.—(Apaciguando los ánimos.) Será mejor que obedezca usted...  
COMISA.—Si opone resistencia, será peor. No estoy dispuesto a perder el tiempo y conozco bien a esos tipos. Sólo se entregan después de meterles una bala en el cuerpo.  
ROSA.—¡No!... ¡Eso no!  
ZE.—Deben ustedes estar engañados... Eso es, deben confundirme con otra persona... Yo soy un pobre hombre... un ignorante que vine aquí únicamente para pagar una promesa que le hice a Santa Bárbara. (Señala al Padre.)  
*(El Comisario avanza un paso en dirección a Ze. Este retrocede y queda acorralado contra la pared.)*  
ZE.—(Decidido a resistir.) ¡No!... ¡No me llevarán preso!... ¡Yo no hice nada para que me prendan!...  
COMISA.—Si no hizo nada, no tiene nada que temer. Le soltaremos en seguida. Vamos a la Comisaría.  
ROSA.—¡No vayas, Ze, no vayas!...  
GUAR.—Vaya usted... En la Comisaría les explica todo...  
DEDE.—¡No caiga en esa trampa, amigo!  
ZE.—Ahora ya estoy decidido... Sólo me llevarán de aquí muerto. ¡Juro por Santa Bárbara que únicamente muerto me llevarán de aquí!  
SECRE.—(Que se da cuenta de la navaja en la mano de Ze.) ¡Cuidado, Jefe, está armado! (Observa también la actitud hostil del grupo de Capoeira.) ¡Y todos están de su parte!...  
COCA.—Sí, lo estamos. ¡Y no van ustedes a prender aquí a nadie!  
COMISA.—¿No?... ¿Por qué?  
MANOLITO.—¡Porque no tienen razón!  
COMISA.—¿Pretenden armar pelea?  
COCA.—Ustedes no saben...  
COMISA.—No se metan en esto. ¡Si no será peor para todos!  
SECRE.—¡Y apártense a un lado!...  
ROSA.—Ze.  
ZE.—Déjame, Rosa... ¡No te acerques!

(Ze empuñando la navaja retrocede en dirección a la Iglesia, sube de espaldas uno o dos escalones. Los policías aprovechan la ocasión para arrojarle sobre él e inmovilizarlo. Los Capoeiras en ese instante se arrojan sobre los policías para defenderlo. Ze desaparece entre aquella oleada de gente. Se oye un disparo. La multitud se separa. Únicamente Ze del Burro queda en el centro de la plaza con las manos sujetándose el vientre. Aún consigue dar un paso en dirección a la Iglesia y cae muerto.)

ROSA.—¡Ze! (Gritando. Corre hacia él.)  
PADRE.—(Empezando a arrepentirse reconociendo su culpa.) ¡Virgen Santísima!  
COMISA.—(Al Secreta.) Vamos a buscar refuerzos.  
*(Sale seguido del Secreta y el Guardia. El Padre baja los escalones en dirección al cuerpo de Ze.)*

ROSA.—(Con profundo remor.) ¡No se acerque!  
*(El Padre baja la cabeza y vuelve a lo alto de los escalones. El Bonitón surge en la cuesta. Maestro Coca consulta a todos sus compañeros con la mirada. Todos responden afirmativamente con la cabeza. Maestro Coca se inclina ante el cuerpo de Ze, le agarra por los brazos. Los demás se acercan.)*

SMJEG  
Facultad de Humanidades  
Seminaria Multidisciplinario  
José Emilio González  
FIN DEL TERCER ACTO

- (1) Ze es una abreviatura muy común de José. Se pronuncia Se.
- Nota: El nombre original es Bonitón, pero podría ser también el Guapo o el Bonito.
- Nota del autor: Queda al criterio de la dirección el utilizar en este cuadro figurantes que desciendan la cuesta y pasen por las otras calles, entrando en la iglesia.
- Nota del autor: A criterio de la dirección y en momentos en que no se perjudique la acción de la obra podrán cruzar la plaza algunos transeúntes durante todo el acto.
- (1) Iaiá. Palabra cariñosa, como el darling o el honey inglés.
- (1) Berimbau.—Instrumentos típicos de Bahía para la Capoeira. Son como unos arcos pintados de colores, con una sola cuerda de alambre y un coco vacío pintado también en uno de los extremos. Se toca apoyando el codo contra la

acercan también y ayudan a cargar el cuerpo. Le colocan sobre la cruz, de espaldas a ésta, con los brazos extendidos, como un crucificado. Levantan la cruz como si fueran unas parihuelas y avanzan hacia la Iglesia.

El Bonitón sujeta a Rosa por un brazo intentando llevársela de allí, pero Rosa se separa bruscamente y sigue a los Capoeiras. El Bonitón se encoge de hombros y sube la cuesta.

El Padre y el Sacristán intimidados retroceden. La Beata huye y los Capoeiras entran en la Iglesia con la cruz en alto y sobre ella el cuerpo de Ze del Burro. El Gallego, Dede y Rosa cierran el cortejo. Sólo Miña Tía permanece en escena. Estalla un trueno terrible sobre la plaza. (En la película empieza a llover y sería un buen efecto.)

Miña Tía se encoje atemorizada, toca con la punta de los dedos el suelo y luego la cabeza.)

TÍA.—¡Eparrei, madrecita... Eparrei!...  
*(El telón cae lentamente.)*

cintura y colocando una moneda de cobre entre el arco y la cuerda, manteniéndolo así, mientras con la otra mano se le golpea con un palito en el que va aplicado una especie de cencerro. Produce un sonido metálico pero muy variado, contra lo que puede parecer, pues la moneda de cobre, según se oprima más o menos contra la cuerda, muda el sonido. Es un instrumento puro de percusión. N. del T.

- (1) Eparrei y Malcmc: Fórmulas y exorcismos del candomble. N. del T.
- (1) La Capoeira es realmente un juego. Al son de música y bailando con movimientos ágiles, dos bailarines, en el centro de un círculo, tratan de tirarse al suelo haciéndose zancadillas. N. del T.
- (2) La Capoeira no debe durar más de dos minutos para no quebrar la unidad dramática de la obra.

Nota del autor: En el montaje de Sao Paulo fue suprimida totalmente y sustituida por canciones.

1857455  
2/16/11